

8-Los desastres de la guerra

VÍCTIMAS DE LA GUERRA

Las víctimas de la guerra civil no fueron sólo las bajas producidas por las acciones de guerra, militares o civiles, sino también las víctimas de la violencia en la retaguardia.

Esa violencia que se produjo en la retaguardia, entre civiles e implicando a civiles en la propia violencia, ponía de manifiesto su vulnerabilidad, y con ella la de la comunidad entera. La violencia, característica del conflicto bélico, no envolvió sólo a los combatientes, se extendió a toda la población, y por ende, nadie podía sentirse a salvo.

Cada vez se señala menos la necesidad de conocer las cifras exactas de las víctimas, acaso por la certeza de la imposibilidad de la tarea. Como decía Ortega y Gasset, cuando llegamos al sistema métrico decimal, mala cosa. Han avanzado mucho los estudios locales, pero sigue habiendo lagunas en algunas provincias, y además existen dificultades. El traslado de prisioneros de una provincia a otra, la concienzuda tarea de borrar las huellas, sea mediante la utilización de cal viva o gasolina, o simplemente retirando las cédulas de identidad de los represaliados, lo impiden. Ahora se prefiere el estudio cualitativo, sociológico de las represiones físicas, morales, económicas, culturales y de sus consecuencias. Si al menos no sabemos cuántos, si conoceremos cómo sufrieron.

Dos son las aportaciones fundamentales al estudio de las víctimas. La primera en el tiempo es la obra coordinada por Santos Juliá, "Víctimas de la guerra civil".

Fruto de la colaboración de varios historiadores, ofrece unas pautas de análisis muy interesantes. La segunda es la obra de Javier Rodrigo, "Hasta la raíz", en la

que trata de averiguar las razones de esa violencia, aunque resulta algo incompleta pues se centra en la violencia franquista.

Estos historiadores señalan tres etapas claramente diferenciadas en la represión. Una primera etapa desde Julio de 1936 hasta mayo de 1937. La segunda desde Junio de 1937 hasta el final de la guerra civil. Y una tercera etapa desde abril de 1939 hasta 1944.

La mayor mortandad se produce en la **primera etapa**, desde el golpe de Estado a la conciencia de que la guerra será larga. Antonio Bahamonde ya señaló que en los últimos meses de 1936 y hasta bien entrado 1937, la causa de la mortandad en España no fue la guerra, sino la represión, la limpieza política desencadenada en las retaguardias.

Se distinguen dos momentos claramente diferenciados. Uno, durante los meses de verano de 1936, lo que se ha dado en denominar "*violencia caliente*".

Es una violencia desproporcionada, preventiva y estructural. No es irracional, ni espontánea ni incontrolada, está encaminada a unos objetivos concretos. En el bando rebelde corresponde al deseo de triunfo y aniquilación del adversario; sus ejecutores suelen ser grupos paramilitares que cuentan con la aquiescencia de los militares. Las modalidades de muerte más frecuentes son el tiro en la nuca, los paseos y las ejecuciones sumarias.

En la zona republicana la violencia se identificó con la paralización del golpe de Estado, y tras la declaración de la huelga general, con la revolución. Milicianos, grupos de vigilancia y de investigación se encargarían de la represión, debido a la ausencia de los órganos coercitivos del Estado. Las modalidades que adopta la muerte son los paseos, las sacas y las checas.

El otro momento corresponde al otoño de 1936, en el que se abre paso "*la violencia legal*". En la zona republicana tiene que ver con la llegada de Largo Caballero al poder y el convencimiento de los partidos y centrales sindicales de la necesidad de priorizar la guerra. Sigue estando presente la violencia pero con apariencia de legalidad. Coexisten paseos, checas, sacas, juicios y tribunales populares. En el bando rebelde tardó en llegar el "*terror legal*", hasta el otoño de

1937 no se multiplicaron los tribunales militares. Mientras, los grupos civiles siguieron empleando los mismos procedimientos de sacas y paseos.

La segunda etapa corresponde al periodo comprendido entre Junio de 1937 y el final de la guerra. En el lado republicano han tenido gran importancia los enfrentamientos entre las propias organizaciones de izquierda y la represión afecta a muchos obreros de la propia retaguardia. Se tiene conciencia de que se va perdiendo la guerra y se multiplica la actividad de los servicios de información para detectar los quintacolumnistas y espías. Sacas, checas y ejecuciones legales coexisten con campos de trabajo.

En la zona rebelde se reproduce el fenómeno de represión tras la conquista; los militares parecen inhibirse y dejan que sean los grupos paramilitares quienes lleven a cabo la tarea de limpieza; sólo pasado un cierto tiempo ponen en marcha los tribunales militares. Pocos de los que pasan por los tribunales militares se libran de las ejecuciones sumarias y de los campos de concentración.

Una **tercera etapa** transcurre desde el final de la guerra hasta 1944, la postguerra. Sin duda la que pone las bases de la dictadura. Se asistió a un ejercicio de eliminación y depuración, sin competencia en el ejercicio de la violencia. Cárceles, campos de concentración y trabajo forzado combinaban la venganza y la represalia, la intimidación y la paralización y el control de la disidencia

TIEMPOS DE GUERRA Y DE BARBARIE

¿Qué locura colectiva se apoderó de los españoles en aquel verano sangriento?. ¿A qué respondía tanta crueldad, tanta ira?. Todavía hoy impresiona la ausencia del menor atisbo de piedad por las víctimas, el ejercicio sistemático de la tortura y del terror por ambas partes.

“*Nos hacen la guerra*”, decía Azaña. “*Es una guerra*”, alegaban los rebeldes. Pero no se trataba de una guerra cualquiera. Los observadores la veían con distancia: “*Cosas de españoles*”, “*salvajes y africanos*”.

No había remedio. Los implicados creían que había que borrar al enemigo de la faz de la tierra, echar sal para que no creciera la mala hierba, extirpar aquel órgano infecto que amenazaba el cuerpo de España. Cayera quien cayera, como decía Mola, capaz de fusilar a su padre si lo veía en el bando contrario.

Hablar de una barbarie genéticamente instalada en los españoles sería cuando menos una puerilidad; más bien se debía a la escasa, por no decir nula, praxis democrática en un país en el que el ejército había tenido una continua intervención política.

Y fue ese ejército que se sublevó contra el poder legalmente instituido el que sabía lo que pretendía y el precio de sus deseos. La responsabilidad no fue colectiva, aunque todos sufrieran sus efectos. Fueron responsables los que con armas, consignas u órdenes actuaron o se inhibieron, y tenían nombres y apellidos las élites dirigentes de los partidos e instituciones que intervinieron.

El núcleo del huracán, la rebelión de Julio de 1936, fue un levantamiento plebiscitario que fracasó, y en ese instante produjo una fractura dentro del ejército y de las fuerzas de seguridad. Un golpe de Estado en un momento de debilidad gubernamental y de movilización de las organizaciones obreras.

¡Hubo tantas guerras en la guerra! De clases sociales, de religión, de nacionalismos, de dictadura militar frente a democracia republicana, de revolución frente a contrarrevolución. También hubo muchas violencias, una violencia que perseguía unos fines, que partía de unas premisas, que poseía rostros y perfiles concretos, sustratos culturales, revestimientos éticos y sustentos ideológicos.

El golpe no derribó al Estado republicano, pero socavó sus cimientos y puso en marcha una revolución obrera. ¿Cómo sería esa revolución? Toda la vida hablando de ella en panfletos, periódicos y mítines de las organizaciones obreras y sindicales, y ahora, que había llegado, no había forma de ponerse de acuerdo. Todos tenían un vago modelo teórico en la cabeza, pero en cada cabeza había un modelo distinto. La revolución no llegaba en el mejor momento de las organizaciones sindicales y políticas, inmersas en luchas soterradas o explícitas por la hegemonía dentro de ellas, o tal vez llegaba por eso.

PRIMERA ETAPA. JULIO DE 1936 A MAYO DE 1937

Premeditación y espontaneidad

La violencia empezó desde el primer momento en el que los insurgentes se rebelaron. A ese respecto las órdenes de Mola eran bien claras el 19 de Julio: “*sembrar el terror (..) eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros*”. Y los cadáveres de los militares y fuerzas de seguridad de la República fueron la señal de que iba en serio.

Durante el golpe militar los sublevados aplicaron criterios bélicos: celeridad, intimidación y aniquilación. Celeridad en la toma de los centros neurálgicos del poder, gobiernos civiles y militares, cuarteles, ferrocarriles, telégrafos, como decía Queipo “*lo de siempre*”. Intimidación a través de la detención de los responsables de las organizaciones obreras y republicanas, y si no los encontraban, de sus familiares. Era una represión sistemática, selectiva, para eliminar las resistencias. Y finalmente la aniquilación. Con o sin torturas, la muerte en las tapias de los cementerios, en los ríos, en los pozos y en las minas abandonadas.

Emplearon una violencia masiva y relacional, paralizadora y unilateral y más reglada de lo que pudiera parecer. No fue una violencia indiscriminada, respondía a un programa, trataba de reducir al enemigo.

En la medida en la que el único lenguaje posible era el de las armas, la ley fue reemplazada por su sonido, instaurándose el desprecio a los derechos humanos y el culto a la violencia. En términos militares sólo había amigos y enemigos, nosotros y ellos. No se iba a cambiar el país con buenas palabras, nadie iba a dejar los resortes del poder fácilmente, con buenos modales-eso era cuestión de política-y ya se sabía adónde habían llevado aquellos politiquillos. Semejante discurso, como es de suponer, legitimaba el uso de la coerción y la violencia. Los asesinatos y encarcelaciones masivas sirvieron para descabezar y aterrorizar a la oposición al golpe. Asentarían su poder mediante el terror, a través de la

eliminación física del adversario político. No querían acabar con ningún grupo social sino imponer su poder a través de la paralización.

El enemigo no tenía apariencia humana. Amigo de Satanás, judío, comunista, masón o republicano. Se englobaba en el término “*vil canalla roja*”, una escoria de la que había que limpiar a España. Escasamente viril, cuando no directamente afeminado, España necesitaba hombres de verdad para regenerar la raza.

La conversión del adversario político en enemigo primero y su deshumanización después justificaba el proceso de su eliminación masiva, del exterminio profiláctico. Pero eso no fue privativo de los golpistas.

El fracaso del golpe condujo directamente a la revolución. Cuando se repartieron las armas para defender la República, o cuando los obreros asaltaron los cuarteles para tomar las armas, se extendió un proceso revolucionario, impetuoso y violento. Las armas dieron la responsabilidad del orden público a grupos militares y paramilitares y esa descomposición de las estructuras coercitivas del Estado favoreció la Revolución.

No se abortó la sublevación, pero se vio la puerta abierta para la revolución, y empezó a plantearse la construcción de una sociedad nueva. Una sociedad en la que no tenían lugar los trajes, los sombreros ni los buenos modales. Así, poseer un automóvil, lucir corbata, haber acudido a misa eran fundamentadas razones para perder la vida. Se abrió la veda del burgués y éste trataba de imitar en su atuendo y en sus maneras al obrero, para pasar desapercibido.

Solidaridad Obrera llegó a publicar que “*el sombrero era una prenda innecesaria, reveladora de la presunta superioridad de la mollera que lo sostiene(..), mientras no se vean monteras, la revolución será nuestra*”. Claro que el gremio de sombrereros salió al quite, recordando que “*reputados doctores afirman que de ir sin sombrero con la cabeza descubierta, se derivan males como el reblandecimiento de la masa encefálica por influencia del sol*” (Eslava, Juan, Una historia que no va a gustar a nadie.pág.60)

En la retaguardia republicana la violencia se empleó como canal para la deseada victoria, para la limpieza social y revolucionaria. A veces fue emotiva, fruto de la pasión o efecto de las noticias que hablaban de la represión golpista, pero también

muchas veces fue señalada y dictada desde las altas esferas del poder, con el agravante de que ese poder estaba fragmentado en múltiples grupúsculos. Fue menos incontrolada y espontánea de lo que se ha venido diciendo, pues muchos de los asesinatos en la retaguardia republicana se realizaron bajo la tutela de las autoridades revolucionarias.

En ambas retaguardias tuvo un carácter comunicativo; se exterminaba al contrario masiva y pedagógicamente; no se tenía en cuenta la actuación concreta, los motivos individuales; se acabó con la vida de los otros por razones supraindividuales, por pertenecer al enemigo.

A lo largo de la II República cada uno de los dos grupos que ahora se enfrentaban habían tenido sus aliados naturales y aparecían de nuevo. Terratenientes, burgueses, estudiantes, falangistas, propietarios rurales pobres y muy pobres, que tenían en común ser “*gentes de orden*”, se mezclaban con partidas de asesinos, y amparados en la permisividad de las leyes, exhibieron una ferocidad sin límites. Frente a ellos, los “*de desorden*”, estimulados por las visiones de una sociedad sin clases, que nunca se había contemplado tan al alcance de la mano, ejerciendo una violencia más o menos espontánea, derivada del ambiente de impunidad vigente, una violencia que era al tiempo instrumento de la revolución y de los micropoderes surgidos del derrumbe del aparato estatal, y que se amparaba en la disolución instantánea de los viejos poderes y en la venganza contra los que habían legitimado o inspirado la represión.

En aquellas circunstancias, cualquiera podía convertirse tanto en víctima como en verdugo, desde el momento en el que se habían exacerbado las fracturas sociales, políticas y culturales.

La muerte después del paseo

Las primeras víctimas fueron las autoridades militares y civiles republicanas. Un gesto de duda ante el golpe fue suficiente para perder la vida, y en los despachos y en los cuarteles quedaron tendidos a manos de sus compañeros de armas.

Pronto se identificó el orden público con la eliminación de la oposición, y se convirtió en depuración instigada desde los poderes locales y suprarregionales, ejecutada por civiles militarizados, o por el mismo ejército sublevado.

Las autoridades militares se inhibieron o al menos no intervinieron en lo que vino a continuación, como si dejaran en manos de los paramilitares la política de limpieza. Tuvieron recursos para contener la violencia, pero prefirieron que se extendiera el terror. Así comenzaron las persecuciones masivas y los asesinatos. Y llegaron el tiro en la nuca, los “paseos” y las fosas.

La hecatombe fue proporcional a la resistencia que encontraron y el ajuste de cuentas se produjo en mayor medida en aquellos lugares en los que antes habían existido conflictos o en los que era mayor la presencia de organizaciones de izquierda.

Los paseos perdieron su carácter lúdico. A plena luz del día o amparados en la noche cobraron un sentido trágico. Un frenazo brusco, ruido de voces, golpes a alguien y comenzaba el drama. Un nombre al que se respondía y una invitación a que se les acompañara. Inútiles protestas, madres y esposas que pedían clemencia, niños que se resistían a abandonar al padre, abrazos de última hora y una promesa nunca cumplida de retorno. Lágrimas, angustia y temor ante el porvenir incierto en aquel automóvil confiscado o en aquel camión abarrotado. Vecinos que contemplan la escena tras las persianas y un silencio espeso tras la marcha del vehículo, sólo roto por las lamentaciones de los que quedan.

Hacinados en los vehículos se iba reconociendo a los compañeros. Aquel alcalde de otro pueblo, el líder obrero o simplemente el contertulio de muchas tardes. El maestro, el juez de paz, quien había celebrado el triunfo de la República o había estado presente en algún conflicto. Todos estaban en la lista, listas confeccionadas apresuradamente, tras la consulta de la documentación confiscada en las sedes de las organizaciones políticas o sindicales, o tras la acusación de algún vecino. Parecerse a alguien, ser sospechoso de algo tan extraño entonces como ser vegetariano, celos por amores desairados, no haber acudido a misa o tener fama de ser un lector impenitente eran pruebas irrefutables. La delación bastaba, las pruebas sobraban.

Entre risotadas, cantos militares y el enardecimiento que el alcohol otorga, con la adrenalina generada en el grupo, avanzaba el vehículo hasta que en un punto, determinado de antemano o improvisado, se detenía.

Empujones, insultos, culatazos y una fosa abierta o las palas para abrir la zanja. Un sacerdote en ocasiones para los últimos auxilios y la vida pasando a gran velocidad ante los ojos.

Si se tenía suerte y el asesino era diestro, la muerte no tardaba. Pero lo más frecuente era que la impericia prolongara mucho tiempo la agonía, y allí, junto a las tapias del cementerio, bajo las encinas o en las cunetas, comenzaban gritos desgarradores que la noche desperdigaba.

Por las mañanas alguien descubría la matanza y las familias recorrían uno tras otro los lugares en los que la tierra todavía estaba removida. Y no había ocasión para el duelo, ni para vestir de luto, pues llegó a prohibirse el tejido negro (En Córdoba el coronel Cascajo mandó retirar la tela negra de los comercios). Y cuando no lo hicieron, había que pensar en el futuro, en los que aquí quedaban. Tampoco tuvieron el consuelo de unas flores en el día de difuntos, pues hubo quien prohibió las visitas a los cementerios con el argumento de evitar las aglomeraciones. (Con ese pretexto también en Córdoba se prohibió visitar el 1 de noviembre los cementerios)

Julio y Agosto fueron meses de matanzas, de asesinatos en masa, y no bastaban los camposantos para albergar tanto muerto. Cuatrocientas personas llegaron a compartir una fosa, como en Lardero. Se acumulaba el trabajo en el cementerio y en Zaragoza las nuevas autoridades solicitaban el 5 de agosto compresores que permitieran abrir más rápidamente las zanjas.

En aquellas zanjas se enterraron miles de personas sin identificar, a las que previamente se había desprovisto de sus cédulas y objetos personales. Algún reloj que otro cambió de muñeca y permitió identificar al asesino. La familia del muerto todavía hoy señala en voz baja a quien lo lleva. Cuando no había reloj, bastaba la petaca del tabaco, y Filiberto Gómez todavía hoy la reclama en vano.

Mola había dado instrucciones muy concretas el 25 de Mayo cuando firmaba como el Director: *“Serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos,*

sociales y sindicatos no afectos al movimiento”, aplicando “ castigos ejemplares (..) para estrangular los movimientos de rebeldías o huelgas”.

El 19 de Julio iba más lejos, *“sembrar el terror(..) eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros.* Queipo, en su lenguaje coloquial le secundaba, *“borrar del diccionario de la lengua las palabras piedad y amnistía”.*

El triunfo o el fracaso del golpe militar dependían del empleo de la violencia y los asesinatos y encarcelaciones se sucedieron por toda la geografía nacional.

Ni una recomendación de Franco valía para ejercer el perdón y evitar la pena de muerte, como le ocurrió al Gobernador militar de Granada, el general Miguel Campins, fusilado por Queipo en Sevilla. Claro que, en contrapartida, el general Batet, jefe de la VI División orgánica en Burgos también fusilado por Franco haciendo oídos sordos a los ruegos de Queipo .Mostrar compasión era sinónimo de tibieza y desafección. En aquellas circunstancias todos estaban forzados a elegir lealtades perentorias y sin matices.

A veces las matanzas servían de rituales conmemorativos de los hitos fundacionales, como ocurrió en Sevilla la noche del 10 al 11 de agosto de 1936.Para celebrar el golpe de Sanjurjo cuatro años antes, se asesinó al alcalde republicano, a un diputado socialista, al secretario de la masonería de Andalucía y al andalucista Blas Infante .Allí no podía hablarse de turbas, de elementos incontrolados, había órdenes muy precisas.

La revolución requiere sangre

En los primeros momentos había que parar el golpe y la violencia republicana se empleó para limpiar y depurar, para acabar con personas conocidas por la comunidad por sus ideas políticas, pero también para aterrorizar y paralizar.

Tras la declaración de la huelga general, la violencia fue el camino de la revolución, una vez que habían desaparecido todos los frenos sociales al hundirse los elementos coercitivos del Estado.

Cada cual debía elegir el lugar en el que se encontraba, no valían los matices. Los tibios debían ser encerrados o asesinados. Pero es indudable que muchos no tuvieron oportunidad de elegir, y se les adjudicó una plaza en el cementerio. Suele hablarse de una “*espontaneidad caliente*” para referirse a la violencia de la zona republicana, aludiendo más al deseo de venganza, al miedo y al hecho de estar acosados, pero si bien es innegable este extremo, no es menos cierto que existió también una violencia revolucionaria, un asesinato en masa para imponer el nuevo orden revolucionario. Esa violencia, más o menos espontánea, derivaba del ambiente de impunidad vigente. A nadie había que darle cuenta por el número de muertos, cada uno de los micropoderes surgidos del hundimiento del aparato estatal se creía con derecho a ello, con una voluntad estratégica de aniquilamiento de la alteridad política.

Las calles de las principales ciudades desde el primer momento se llenaron de jóvenes con pistolas al cinto; lucían camisa roja o azul pálido y corbata roja, el uniforme miliciano. Se situaron en las bocacalles, en las esquinas de las plazas, en las cercanías de cuarteles, cárceles y ministerios. Otros milicianos secundaron a la Policía que en coches iba practicando registros y detenciones.

Los partidos políticos y organizaciones sindicales ordenaron a cada militante que acudiera a los locales de la organización “*y quedar a la espera de la orden de actuar*”. Eran conscientes de que “*la lucha es a muerte y hay que acumular la energía de todos para lanzarse como un alud sobre el adversario*”.

El adversario pronto quedó definido, los militares y el clero. A los militares se les responsabilizaba del derramamiento de sangre por todo el territorio, al clero, ya se sabía, estaba siempre junto a los poderosos. Políticos conservadores, propietarios, terratenientes, labradores, burgueses, comerciantes, trabajadores de ideas moderadas en las fábricas, técnicos y jefes de personal de diferentes industrias y católicos acumularon las iras del “pueblo”.

Se ejerció la violencia, y ésta vino determinada por la multiplicación de poderes, el despojo de la autoridad estatal sobre la violencia, la necesidad de afianzar el poder y el deseo de aniquilamiento del viejo orden.

Al calor de la revolución se crearon comités de empresa, barrio y pueblo. Milicianos, grupos de investigación y vigilancia velaban por la higiene pública. En torno a ellos una masa amorfa vocinglera, capaz de amedrentar a las gentes del orden cuando les veían en las puertas de las tascas o de los cuarteles. Y no amedrentaban tanto por su aspecto humilde, casi de lumpenproletariado, cuanto por su actitud desinhibida. Mujeres que fumaban y bebían junto a hombres en público, lo que antes sólo hacían las damas “de dudoso oficio”, hombres a los que el brillo en los ojos mesiánicos permitía reconocer su creencia en la revolución milenaria. Todo aquello conformaba el impreciso nombre de “turba”, que en ocasiones rodeaba a un grupo de soldados armados y a base de gritos y empujones exigía y conseguía la entrega de los enemigos detenidos.

Cabría preguntarse qué llevó a una persona a asesinar o pedir que se asesinara impunemente, a disparar cobardemente y a bocajarro sobre un prisionero desarmado, un menor de edad, una mujer indefensa, un seminarista o un vecino. La respuesta es compleja, y tiene que ver con el contexto y las motivaciones. El ambiente de impunidad, las ideologías alimentadas por una latente cultura de la violencia, la deshumanización del enemigo, la movilización política, la cobertura ética, moral y política del grupo, la implantación del poder y la desaparición de la sociedad conocida, tuvieron bastante que ver. Pero también las aspiraciones personales, los deseos de revancha y de venganza, y por encima de todo, la inseguridad y el miedo.

Más que miedo, terror. El terror comenzó con la eliminación de quienes expresa o tácitamente habían colaborado en la sublevación, continuó con la urgencia de erradicar la “reacción” y terminó salpicando a los mismos fundamentos de la ley y el orden republicanos.

Durante los dos primeros meses se “cazaba fascistas”, “se defendía la revolución”, pero sobre todo se perseguía a los adversarios. En el silencio de la calle se oían pasar las patrullas: “*Camarada, la documentación*”.

Y es que algunas palabras habían sido sustituidas por otras. Ya no se decía adiós, sino Salud, y el tuteo se había generalizado. Camarada, compañero responsable

en lugar de jefe. Incluso en algunas paredes se leía: “*Compañero, fomenta la indisciplina*”. (Camilo José Cela, Memorias, entendimientos y voluntades. Barna 1993, p.133)

El “paseo” también se practicó en la retaguardia republicana. Se transformó en “práctica de justicia expeditiva”, a través de la cual se ventilaban antiguos rencores y pleitos, se satisfacía el odio de clase o se clamaba venganza. García Oliver, ministro cenetista desde del 36 hasta del 37 sostenía que la “vox populi era suprema lex” y “*que el pueblo (...) creó y aplicó su ley y procedimiento, el paseo*”.

Más que justicia del pueblo fue “crimen motorizado”. Por doquier aparecían patrullas que penetraban en los palacios y en las grandes mansiones de la aristocracia y de la burguesía. En aquel caluroso verano todo permanecía a oscuras y los recién llegados recorrían los salones descorriendo los espesos cortinajes y abrían los grandes ventanales para contemplar fascinados el lujo y el modo de vida de sus propietarios. Acariciaban las telas, de un tacto jamás soñado, hacían tintinear los cristales de vidrio de las lámparas de araña y se asombraban ante los innumerables zapatos y los trajes de fiesta, alineados en perfecto orden en aquellos descomunales vestidores. Esos edificios pertenecían al pueblo, y al pueblo revertirían en forma de cárceles, despachos y sedes de las organizaciones. Pero las organizaciones del pueblo no necesitaban tantos lujos, y a fin de cuentas pueblo eran todos. Requisaban los automóviles e invitaban a sus dueños a disfrutar del último paseo.

Las ciudades republicanas se llenaron de coches, camiones y autobuses que llevaban pintadas en blanco, con grandes brochazos, las siglas de los sindicatos y los partidos. De vez en cuando circulaban camionetas cargadas de lujosos cuadros, sillas y pianos de cola, procedentes del saqueo.

Algunos roperos no fueron asaltados, pero si se empleó su contenido en fiestas de disfraces, como ocurrió en el palacio de los Heredia Spínola, sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Luis Cernuda se vistió de caballero calatravo; León Felipe de duque romano; Bergamín, de gran inquisidor; Alberti y Maria Teresa León, de noble y dama dieciochescos, con peluca empolvada y lunar postizo. (Juan Eslava. “Una historia que no va a gustar a nadie ”)

Es frecuente la alusión a “elementos incontrolados” en el ejercicio del terror. Ciertamente muchos presos comunes fueron liberados de las cárceles aquellos días por los milicianos, pero no es menos cierto que estos últimos estaban plenamente convencidos de que debían eliminar a los parásitos sociales.

Era fácil reconocerlos, militares, curas y terratenientes, junto a sus adláteres. Las justificaciones intelectuales no faltaban. Cuatro años antes Ramón J. Sender en “Siete domingos rojos” había escrito que un burgués no era nada, ni una persona, ni un animal, ni una cosa. Su protagonista reflexionaba: “¿Cómo voy a sentir que muera un burgués yo, que salgo a la calle a matarlos?”. La cosificación, la deshumanización del enemigo, permitía su perfecta delimitación y su eliminación masiva

.Paseos, asaltos a prisiones y sacas eran pruebas manifiestas de que el pueblo soberano hacía su revolución. La caza del hombre, el asesinato y la fosa común garantizaban el triunfo de la revolución.

La “justicia revolucionaria” era expeditiva. No había tiempo que perder, se acababa antes paseando al enemigo en lugar de esperar la formalidad de un juicio. Así, milicias, “grupos de investigación” y asesinos varios actuaron en Julio, Agosto y Septiembre en la retaguardia republicana, con la excepción de Madrid, donde murieron miles de personas en Noviembre.

Las sacas eran otra variante más de la violencia. Distintos individuos, protegidos por los distintivos de sus organizaciones, se convertían en “jueces populares” y ejecutaban a los presos que eran trasladados de cárcel, o entraban directamente a las cárceles a por ellos

En Jaén, como en tantos lugares, se habilitó la catedral como cárcel para albergar a 800 presos. A sus puertas, una multitud enfurecida exigía la entrega de los presos, y tras varios intentos de asalto se decidió trasladarlos a Madrid. Unos milicianos esperaron en Atocha a los viajeros y ejecutaron a once. Se supo perfectamente lo ocurrido, pero al día siguiente las fuerzas de orden no pudieron proteger al segundo grupo. A la altura de Vallecas de nuevo los milicianos exigieron la entrega de algún preso .Murieron el obispo, el deán de la catedral y una hermana del obispo, que fue asesinada por una miliciana.En el bar que había

en la Plaza Vieja de Vallecas uno de los asesinos presumía *“Aún me duele el dedo de apretar el gatillo”*.

El siguiente suceso avala la impotencia de las autoridades republicanas para contener las acciones de los supuestos incontrolados. La noche del 22 al 23 de agosto de 1936 en la cárcel Modelo de Madrid se propagó un incendio, provocado por los presos comunes o los falangistas. Entraron los milicianos en la prisión y tras apaciguar el motín, escogieron a varias víctimas entre los 2.000 reclusos. No escogieron al azar, sino a personas públicamente conocidas. Falangistas, como Fernando Primo de Rivera y Julio Ruiz de Alda, nacionalistas como José María Albiñana, ministros del gobierno de Lerrox como Manuel Rico Avelló y alguno con una dilatada presencia en la escena política española, como Melquiades Álvarez. Como en los mejores manuales revolucionarios, el Estado había dejado de existir y el “pueblo en armas” había invadido el escenario político. Convivieron el caos y la obsesión por controlarlo todo, colisionando frontal y continuamente los intereses de los distintos grupos armados que se autoproclamaban pueblo. Había que acabar con la sublevación y dar una respuesta organizada a esa situación de vacío de poder; en su lugar se abrieron muchas variables, tantas como organizaciones, tan dispares como sus afectos.

Los tiempos eran confusos y algunos actuaban por su cuenta. El secretario de Azaña referiría cómo había salido del palacio Nacional sin la documentación y fue requerido por una patrulla de milicianos para que la mostrara. Estuvo a punto de perderse en el automóvil que le hicieron subir si no les hubiera convencido de que pararan ante el palacio.” *Me dirigí al café Zahara, en la Gran Vía(..) apareció una patrulla (..) pidiendo los documentos de identidad, credenciales expedidas por los partidos políticos o sindicatos.(..)El atuendo era pañuelo rojo y negro al cuello más algunas prendas del equipo militar, fusil al hombro o pistola a la cintura.(..)Les dije que yo era secretario particular del presidente de la República(..) , se rieron, porque no lo creían. Me pidieron ir con ellos a la calle.(..)En la puerta del café tenían un viejo coche, desde luego que robado con el que vaya usted a saber cuántas fechorías habrían ya cometido, pues otro de sus quehaceres era irrumpir en los domicilios y después de saquearlos, llevarse consigo a los desdichados que*

*creían derechistas o carecían de esos papeles, carnet de afiliación política izquierdista, etc. (..)Se los llevaban a lugares apartados y allí les daban un tiro en la nuca*** (Santos Martínez Saura, Memorias del secretario de Azaña. Planeta, Barna, pp.425-26)

La rabia, la ira y el miedo estaban detrás de la violencia de la retaguardia republicana .Acosados en las ciudades, bombardeados y a punto de abandonar sus localidades por el avance rebelde, como resultado del hostigamiento o de la masacre perpetrada en algún punto se desencadenaba una espiral de violencia que acababa con las sacas y los fusilamientos. Así ocurrió en Paracuellos y tras los bombardeos de Bilbao.

Estaba mal vista la piedad, no había tiempo para la justicia. Pasionaria lo decía en agosto de 1937 *Si en tiempos de paz “ era preferible absolver a 100 culpables a castigar a un inocente, cuando está en peligro la vida de un pueblo es preferible condenar a 100 inocentes antes que el culpable pueda ser absuelto”*(*Mundo Obrero, Madrid, jueves 12 de agosto de 1937)

Muchos inocentes sufrieron los horrores de las checas. Las checas eran cárceles instaladas en edificios incautados, en los que se habían asentado “ comisiones de investigación” creadas por partidos políticos y organizaciones sindicales de izquierdas.

Su nombre procedía de las chekas rusas, abreviatura que traducida al castellano significaba “Comisión extraordinaria panrusa para la supresión de la contrarrevolución, la especulación y el sabotaje”. Su creador, Feliks Dzerhinsky había expuesto en 1917 sus fines: *“La cheka es el escudo de la revolución, que no puede tomar en consideración los perjuicios causados a las personas privadas(..). Debe vencer al enemigo. Su cuchilla deberá caer a veces sobre las cabezas inocentes”*

Conventos, iglesias, palacios y mansiones fueron reconvertidas en centros de observación por partidos y organizaciones aquel verano de 1936. Pero no todos los centros de observación eran checas.

Cuando alguien entraba en una asistía a una continua proyección de horrores en la que desgraciadamente le habían adjudicado el papel protagonista.

Lóbregos despachos con escasa iluminación, un mutismo absoluto acerca de los motivos que hasta allí le habían conducido y una sistemática insistencia en preguntar miles de veces cuestiones prefijadas de antemano.

De pie ante los interrogadores horas y horas hasta que las rodillas se debilitaban, eran entonces trasladados a celdas, exiguos habitáculos en los que se había tabicado el espacio. En ellos persistía la intención de minar la resistencia física y el asegurarse que el detenido perdía la noción de la realidad y la voluntad.

El espacio tan limitado jugaba también al engaño visual. Camas como plintos de gimnasia sueca, imposibles de albergar a nadie en una posición horizontal debido a la desmedida inclinación. Suelos conscientemente deformados a través de ladrillos colocados de lado que impedían el menor desplazamiento y unas paredes diseñadas para evitar que la vista se detuviera. Focos de luz perpetuamente encendidos y unos extraños dibujos geométricos de diferentes colores y tamaños en uno de los muros.

¿Quién les hubiera dicho a las vanguardias rusas que el arte para el hombre nuevo que con tanta ilusión habían generado estaba siendo empleado para minar las voluntades y dinamitar aquellos cuerpos ateridos por el frío que produce el miedo?. Cada uno de aquellos cuadrados, triángulos o rectángulos de distinto color y tamaño estallaba en los ojos tras la persistente iluminación, dilataba las pupilas e impedían el descanso.

Instalados en una permanente tortura psicológica, se recuperaban irónicamente en las salas específicas de tortura física, pero era tan sólo un segundo. Había un antes y un después de aquellos instantes, en los que la gota fría, monótona e implacable caía sobre la cabeza, en los que latigazos y culatazos acompañaban a continuas amenazas e insultos en los que el único asiento permitido era la silla eléctrica que administraba descargas.

Se conocen los procedimientos de tortura por las narraciones de los que se salvaron, ¿ para qué recrearlos?. Todos los que la mente enferma de un criminal puede imaginar para generar dolor en un ser humano.

En ocasiones se extralimitaban en sus refinados métodos y el maletero de un coche albergaba momentáneamente el cuerpo, para acabar lanzándolo, indocumentado, en una cuneta.

Otras veces el prisionero recibía una buena noticia. Sería puesto en libertad y así constaba en su expediente. Pero después de la palabra libertad podía aparecer un punto siniestro. A la salida, unos pasos más allá de la checa, un grupo de milicianos le abordaba en un coche oscuro y se perdían en la oscuridad de la noche.

Pero en la Dirección General de Seguridad se controlaban los ficheros y álbumes con dos fotografías de los cadáveres, de frente y de perfil, sin duda puede afirmarse que todo el mecanismo burocrático del Estado era cómplice de los asesinatos.

La Causa General habla de 200 checas en Madrid, Valencia y Barcelona .Algunas checas dependían de la Dirección General de Seguridad, como la checa de Fomento, designada Comité Provincial de Investigación Pública, que actuaba en los sótanos del Círculo de Bellas Artes. Ese Comité estaba formado por tres miembros de cada uno de los diez partidos del Frente Popular, repartido en seis tribunales.

Otras eran cuarteles de milicias, como el del Batallón Pasionaria, instalado en la iglesia de Jesús o el de la columna Uribarri, de anarquistas valencianos, en Atocha 94.

Los socialistas poseían checas, como la de Caldeiro, en O,Donnell 6 y los comunistas en O, Donnell 37 y 24.Muy célebres fueron también la de Marqués de Riscal y la de Spartacus, en un convento de la calle de Santa Engracia.

En Barcelona las más conocidas eran las de la calle de Zaragoza, en un antiguo convento de religiosas sanjuanistas y la de Vallmajor, Preventorio D, a cargo del SIM. En Valencia Santa Úrsula y en Gandía en el colegio de los Escolapios.

Las fuerzas de Seguridad se sentían desbordadas. En ese sentido es interesante conocer de primera mano la narración de algún miembro de la seguridad, como el comisario Antonio Lino, Jefe de la Brigada de Investigación Criminal, quien desde Francia escribe: "*Yo hacía una vida de verdadera reclusión en unión de diversos*

*Agentes, Inspectores y Comisarios; unos que prestaban servicio y otros que se refugiaban en los despachos de la Brigada. No salíamos de allí casi nunca; en el despacho comíamos y cenábamos todos juntos, y cuando nos disponíamos a ganar la calle, lo hacíamos en grupo y armados(...), a consecuencia de las constantes amenazas que sobre nosotros pesaban** (ABC de Sevilla, agosto 1937. Carta al director, citado en Julio Antón, Internet.)

Este comisario refiere la impunidad con la que se actuaba en las checas a propósito de Agapito García Atadell, tipógrafo que tenía a 48 agentes a su servicio, en un hotel de la calle Martínez de la Rosa nº 1 de Madrid. *“Atadell no sólo no estaba a mis órdenes, sino que actuaba con tal independencia y tal poder que él hacía y deshacía a su antojo, sin consultar sino con los amigos que en el Gobierno tenía y con los comités revolucionarios(..) Despachaba directamente con el Director de Seguridad, con determinados ministros, concediendo incluso audiencia a los miembros del cuerpo diplomático.”* (*Julio Antón, “Las checas policiales”. Internet)

La pedagogía de la sangre

Por una serie de factores, como la resistencia republicana y el empeño de los insurrectos, el golpe de Estado se convirtió en guerra civil. Esa nueva fase se diferenció de la anterior en la maximización de recursos en aras de la victoria total sobre el enemigo y en que desde el comienzo de la guerra, el bando sublevado se planteó no acabarla con un pacto o con una rendición integradora.

Se trataba pues, de acabar con el modelo de sociedad y sistema de libertades que defendían. Por ello, fue una represión selectiva, una represión política, y los que mejor representaban el régimen anterior eran los gobernadores civiles.

Algunos, como el gobernador de la Coruña, Francisco Pérez Carballo, habían tenido una actitud muy combativa defendiendo el edificio del Gobierno civil, y perdieron la vida pronto, en julio de 1936.

Otros, tardaron algo más, como el de Zaragoza, quien se había negado a dar armas a los obreros. Prisionero durante un año, se le aplicó la ley de fugas cuando era trasladado a la cárcel de Tarazona. La ley de fugas se mostró muy útil, sirvió

para dar una pátina de falsa legalidad a lo que eran asesinatos políticos señalados desde la autoridad militar o civil.

Alcaldes, concejales, presidentes de la Diputación y diputados perdieron la vida. De los 263 elegidos por el Frente Popular murieron 40 y desaparecieron 12. Era una violencia inmediata sobre las cabezas visibles del Frente Popular.

El terror golpeó de lleno a las clases medias e incidió sobremanera en un grupo, el de los maestros. En un momento en el que el analfabetismo afectaba a una gran parte de la población, los maestros eran los representantes del saber en las pequeñas comunidades locales, quienes proporcionaban las herramientas que permitían acceder al conocimiento. Un maestro poseía una autoridad moral en una localidad, y se le identificaba con el liberalismo, el republicanismo y el socialismo. Muchos de ellos habían llegado a los pueblos con la República, contraponiendo su enseñanza laica a la enseñanza religiosa, y se les consideraba responsables de haber inculcado en la sociedad y en las mentes juveniles el virus republicano. Aunque algunos estaban afiliados a algunos partidos y organizaciones sindicales, no temían su subversión revolucionaria, sino su convicción en la razón, la tolerancia y el proyecto de construir pacíficamente un mundo más justo. La gran mayoría de ellos eran católicos, pero habían tenido que descolgar los crucifijos de las paredes siguiendo las órdenes gubernamentales, con este gesto habían realizado una gran afrenta a la religión y se habían labrado un destino.

Había que aplicar un castigo ejemplar a los intelectuales en general, para que nadie quisiera repetir aquel modelo de vida. Durante las primeras semanas del golpe murieron cientos de ellos, en León por ejemplo perdieron la vida 50 y en Zaragoza 33.

Era un odio profundo el que se sentía por ellos. "Amanecer", un periódico falangista de Zaragoza lanzaba sus soflamas: *"Para los poetas preñados, los filósofos henchidos y los jóvenes maestros y demás parientes, no podemos tener más que como en el romance clásico, "un fraile que los confiese y un arcabuz que los mate"* *(Zavala, Jose María: Los horrores de la guerra civil, pág.86)

Antes de matarles había que violentarles y denigrarles públicamente, como le ocurrió al maestro de Urrea de Jalón, a quien después de afeitarse la cabeza y de pintarle en ella las insignias del fascismo y en la frente la bandera monárquica, le pasearon por toda Zaragoza atado con un ronzal y después le mataron. A otro le anduvieron zarandeando y haciéndole desfilas con una caña.

La caza del maestro formaba parte de un programa que incluía el cierre de centros escolares y la destrucción de libros. El rector de la Universidad de Zaragoza escribió un artículo en el Boletín nº 3 de Educación titulado "¡El peor estupefaciente" en el que decía que *"el fuego purificador es la medida radical contra la materialidad del libro"*.

Justificaba la quema de libros que por todas partes se producía. En el Ideal gallego de 19 de agosto de 1936 se leía: *"A orillas del mar, para que el mar se lleve los restos de tanta podredumbre y de tanta miseria, la Falange está quemando montones de libros y de folletos"*.

Ese mismo día se dieron órdenes para depurar a los maestros. Los alcaldes tenían que informar de su conducta político-social y de la educación moral de los maestros a los rectores de la Universidad para su posible destitución. A veces las acusaciones son variopintas, *"por haber tocado el piano en un baile público"*

En noviembre de 1936 la depuración se burocratizó se crearon comisiones provinciales y se les exigió a todos los maestros que soliciten su propia depuración para seguir ejerciendo. La comisión les devolvería el expediente, favorable para seguir dando clase o por el contrario con su expulsión.

Se les pedía detallar qué hacían antes y después del 18 de Julio, cómo recibieron el alzamiento, sus filiaciones políticas y sindicales, su actividad diaria privada y que delataran a sus compañeros.

Los alcaldes a veces aprovechaban para colocar a sus familiares, como ocurrió en un pueblo de Lugo en el que el edil justificaba en su postdata la sustitución del maestro por una señorita católica, de buena familia. *"El hecho de que esta señorita sea mi hija no es el motivo de la destitución del maestro"*

Después de la guerra, curas, monjas y alféreces se hicieron cargo de las plazas vacantes. Había trabajo para todos, pues 6.000 maestros habían sido depurados y 15.000 sancionados.

También en los primeros días se asistió a un ajuste de cuentas entre patronos y obreros. Huelgas, movilizaciones, revisiones de contratos o litigios de antaño se solventaron en los meses del verano del 36 con las muertes de los más desfavorecidos.

En ocasiones se hacían públicas las ejecuciones para remarcar su carácter didáctico y era aconsejable asistir a ellas para disipar cualquier duda de adscripción al nuevo régimen. En la plaza del Torico, en Teruel, voluntaria y forzosamente las contemplaban. Otras veces, como en Valladolid, las autoridades llamaban la atención por la insistencia en asistir a las ejecuciones públicas.

La delación se convirtió en un hábito. Vecinos que acusaban, falangistas, carlistas, diputados de la CEDA o de extrema derecha colaboraban con el ejército en la tarea de descubrir al enemigo. Los jefes y oficiales instrumentalizaron la delación, les venía bien para la tarea de limpieza.

La Iglesia santificó la violencia que se ejercía en el territorio rebelde, definitivamente decantada hacia ese bando por la persecución que sufría. Y no sólo santificó sino que dio la cobertura moral que se precisaba. Así, las autoridades eclesíásticas hablaban de una lucha a muerte entre dos civilizaciones, la de la España católica y la anti-España extranjera y marxista (*el 6 de agosto de 1936 se publica la Pastoral de los obispos de Pamplona "Non licet")

La violencia crecía en forma de espiral. Mientras Franco se declaraba dispuesto a fusilar a media España si ese era el precio de la paz, los republicanos no le iban a la zaga. Recordaban a aquel militar en la segunda guerra carlista que cuando le decían ante barbarie entre españoles que iba a desaparecer media nación, reponía "*Quedaremos poquitos, unidos en Dios*". Los observadores extranjeros se asombraban, "*todos parecían haber emprendido una carrera para ver quién conseguía más muertos*". *(así lo expresaba el enviado de Mussolini)

El odio y la venganza guiarán nuestros pasos

En el lado republicano la venganza y el odio de clase contribuyeron a aniquilar el viejo orden. Julián Marías refería la conversación de una mujer en el tranvía: *“Mira, ahí vivían unos ricos que nos los llevamos a todos y les dimos el paseo. Yo a un crío pequeño que tenían lo saqué de la cuna, lo agarré por los pies, di unas cuantas vueltas y lo estampé allí mismo contra la pared. Ni uno dejamos, a la mierda la familia entera”*. (* Javier Marías, Tu rostro mañana, Alfaguara, Madrid 2004 pg 30)

La represión saldó viejas deudas entre obreros y patronos, esquirols y somatenistas y pistoleros de los sindicatos libres. Por todas partes circulaban patrullas de control, que tenían sus propias prisiones y decidían sobre la vida o muerte de los detenidos; paseaban a los ricos, al clero y a los derechistas, en un clima de enfrentamiento entre republicanos y comunistas.

El clero fue el sector más perseguido. Una vez más estallaba la violencia anticlerical y el clero atraía las iras de los revolucionarios. En Sevilla la misma tarde del 18 de Julio ardían varias iglesias y eran destruidas sus imágenes. Las imágenes servían a veces de dianas para los disparos cuando no eran directamente destrozadas a hachazos; en algunos pueblos los santos eran arrastrados por lugareños temerosos de que de no hacerlo fueran acusados de tibieza, y en las puertas de las iglesias se disponían grandes piras en las que se quemaban las tallas, los objetos de culto y los libros parroquiales. Un verdadero atentado para la historia del arte y de la cultura, habida cuenta de los tesoros artísticos que poseía la Iglesia. Los alumnos de Bellas Artes comenzaron a realizar unos carteles a manos en los que se veían imágenes religiosas con la leyenda de: *“No veas en una imagen religiosa más que el arte, ayuda a conservarla”* (* Pág. 22 del catálogo de Arte protegido, una magnífica exposición comisariada por Isabel Algerit)

A partir de 1937 la Junta de Protección editó carteles semejantes que fueron colocados en los edificios protegidos por la Junta

Algunos milicianos sentían especial predilección por disfrazarse con ropas tales y fotografiarse apuntando con un arma a algún santo. Les atraía también vestir al niño Jesús de miliciano. No fue extraño que organizaran comparsas representando el Santo Entierro, algunos celebraron bodas con prostitutas en los burdeles o recorrieron las calles y los bares sirviendo vino y aguardiente en los cálices.*(Francisca Menacho López, mujer del “monstruo de Grazalema” ,Miguel Rincón Barea, ceneteista es acusada de esto. ABC, 31 agosto 37. Diarios de la guerra)

Se obtenía una macabra satisfacción profanando iglesias y cementerios, exhumando los cadáveres de frailes y monjas y llevando a cabo, previo pago, visitas guiadas a los lugares expoliados.

La muerte afectó por igual al clero secular y al regular, si bien incidió más en los hombres que en las mujeres. Solé Sabaté dice que murieron 283 religiosas, 2365 religiosos y 4.184 miembros del clero secular.

El clero se convirtió en objetivo prioritario de esa efímera revolución, era visto como la representación máxima de unas relaciones de poder, un control cultural contrario a la emancipación del pueblo y una secular connivencia con los opresores.

Era una violencia de hombres contra hombres, que pudiera tener sus raíces en el inconsciente colectivo de algunos varones. La condición religiosa permitía que los clérigos tuvieran mayor proximidad que ningún otro hombre a sus esposas lo que les permitía influir en las mentalidades femeninas, en un momento en el que la única distracción consistía en ir a la iglesia. Conciencias y conductas femeninas podían ser moldeadas por los sacerdotes y esto afectaba directamente al núcleo familiar.

El clero pertenecía a las élites locales. Junto a alcaldes, concejales, militares y profesionales como médicos y boticarios constituían el grupo de privilegiados. Y eran con estos con los que tradicionalmente se habían relacionado, visitando sus casas y compartiendo sus manteles. Su fuerza y su peligro no estaban en su ascendente social, sino en el moral .Además, tanto en el campo como en la ciudad, su continua intervención en asuntos terrenales les había hecho especialmente odiosos.

Por el contrario, las religiosas eran prácticamente invisibles. Encerradas en sus conventos eran consideradas como pobres mujeres alienadas que no habían tenido la oportunidad de conocer los beneficios de ningún hombre.

No tenían apenas participación en la vida política, sólo se las veía en las filas para otorgar el sufragio en las elecciones. Dedicadas a la vida contemplativa, a la beneficencia, a la sanidad, y en menor medida, en aquel momento, a la enseñanza.

Sus consejos no traspasaban el ámbito de los muros del convento, ni accedían a las conciencias de sus familias, y en el caso de que accedieran a las mentes de sus hijas o hermanas, no podían más que transmitir virtudes tales como la sumisión, laboriosidad y buenas maneras.

La ira anticlerical actuó de forma restringida, sólo alcanzó a aquellas que hubieran tenido una clara significación política o las que hubieran requerido el auxilio de alguna delegación internacional y hubieran sido detectadas; al resto las incautaron los conventos y las devolvieron al mundo, destinándolas a la asistencia social o a la servidumbre Sin embargo hubo episodios, realmente trágicos como el de la madre Apolonia, superiora de las carmelitas descalzas de Vich. Refugiada en una casa particular, había contactado con el cónsul italiano de Barcelona para que las monjas de su congregación pudieran obtener un salvoconducto. Detenida por una milicia cenetista, fue interrogada en la checa del convento de clarisas, dirigida por Escorza, "el jorobado"; su cuerpo sirvió de alimento a los cerdos. En Barcelona se anunciaban en la plaza del mercado "chorizos de monja".

El religioso varón acumuló todos los odios. Valga el caso del obispo de Barbastro, Asensio y Barroso. Castrado en la cárcel de la localidad en medio de insultos y trasladado al cementerio, fue ejecutado de mala manera y murió tras una angustiosa agonía de más de dos horas, sin que nadie le proporcionara el tiro de gracia que acabara con su sufrimiento. La barbarie no quedó ahí. Su torturador, como un verdadero macho dominante, paseó por los bares y cafés de la ciudad los testículos del prelado envueltos en un periódico.

También en Valencia fue frecuente la mutilación, el degüello y la castración del clero, cuando no se les decapitaba y se jugaba al fútbol con sus cabezas. Andrés

Nin decía al respecto: *“la cuestión religiosa ya saben como la hemos resuelto nosotros”*.

El asesinato metódico de sacerdotes tuvo de ritual tanto como de político, de disolución instantánea de los viejos poderes y de venganza contra quienes desde siempre se habían percibido como impulsores, legitimadores e instigadores de la opresión. Pero también fue el elemento definitorio que terminó de otorgar razones al apoyo de la jerarquía eclesiástica a la sublevación.

El paroxismo del terror se produjo en los tres primeros meses del conflicto. Se creó un modelo revolucionario único, con reminiscencias jacobinas y bolcheviques, los Comités de Salud Pública y los Tribunales de Justicia Militar. Esos tribunales encauzaron la represión, pero no pudieron erradicar las venganzas colectivas contra los presos, sobre todo después de los bombardeos o ante la inminencia de que el enemigo tomara las ciudades.

La violencia en la retaguardia republicana respondía a una primitiva política de revancha, de “ojo por ojo y diente por diente”. Ante una barbaridad del enemigo, se respondía con una barbarie mayor.

El proceso era similar en muchas partes. Cuando llegaba la noche, los miembros de las milicias de Vigilancia de Retaguardia se presentaban en las cárceles con una lista de los presos que debían acompañarles. En unos tiempos en los que las autoridades eran sustituidas de repente, la comprobación de la autenticidad de los órdenes era rápida. Un vistazo al membrete, la firma de la Dirección General de Seguridad y los presos eran entregados a los demandantes. La excusa que se ofrecía era siempre la misma, el traslado a una prisión más segura, menos masificada y lejos de los frentes de combates. El problema es que no llegarían nunca.

Paracuellos es el mejor ejemplo de lo que venimos refiriendo. Cercada la capital y con el Gobierno a punto de trasladarse a Valencia, los días 7 y 8 de noviembre de 1936, dos mil presos fueron trasladados a Paracuellos del Jarama y Torrejón de Ardoz y asesinados.

Nadie asumiría la matanza, pero los aparatos policiales, controlados por los comunistas y los asesores soviéticos comparten la responsabilidad con los autores

del crimen. Santiago Carrillo, consejero de Orden Público, alegó ignorancia, la misma ignorancia que alegaría varios meses más tarde tras la muerte de Andrés Nin. En cualquier caso, todo parece corresponder a una política de limpieza de la retaguardia.

Los mecanismos coercitivos del poder se habían disuelto en infinidad de micropoderes ,y los funcionarios antiguos se inhibían, desbordados por los acontecimientos, tan sólo algunos recién llegados al área de Seguridad , como el cenetista Melchor Rodríguez García, Director General de Prisiones , tomaban cartas en el asunto y ordenaban el cese de las sacas.

Las delegaciones diplomáticas extranjeras consiguieron en algún caso evitar esas muertes, cuando se corría la voz de que iba a producirse, se situaban con sus automóviles en las puertas de las prisiones y seguían a los convoyes.*

La guerra, prioridad absoluta

En la zona republicana se produjo un punto de inflexión a partir de 1937.La llegada de Largo Caballero al gobierno con los socialistas, comunistas y anarquistas, permitió que se pudieran restablecer los cauces del diálogo. La guerra se convirtió en prioridad absoluta y creció la convicción de que para ganarla era necesaria la disciplina. Al mismo tiempo fueron militarizados e incorporados al ejército de la República muchos de los grupos armados y milicias que habían practicado el terror en la retaguardia. También aparecieron los consejos municipales, formados por acuerdos entre las diferentes organizaciones que venían a sustituir a los Comités revolucionarios.

Desde agosto de 1936, al día siguiente del asesinato de presos políticos en la cárcel Modelo de Madrid existían los Tribunales populares .Formados por tres funcionarios judiciales y 14 jurados, con la posibilidad del procedimiento sumario, tenían la virtud de otorgar sesgos de legalidad al terror.

Como era de esperar hubo desigualdad de criterio; mientras que el Tribunal de Valencia condenaba a muerte al 43,82% de los procesados, otros, como el

Tribunal de Jaén, que actuaba en Pozoblanco ante un auditorio de más de dos mil personas, dictaba la pena de muerte para el 81% de los procesados. Pero continuó la violencia extrajudicial, incluso cuando ya no había ninguna revolución que hacer, si bien es cierto que fueron remitiendo las sacas y paseos y que las penas de muerte eran conmutadas por trabajos forzados.

Los campos de trabajo fueron impulsados por el cenetista García Oliver en diciembre de 1936, cuando era ministro de Justicia. Su argumento era que los condenados en el movimiento rebelde cumplieran la sanción impuesta, *“orientándoles en hábitos de trabajo y formación en armonía con los principios sociales en que necesariamente han de actuar todos los ciudadanos en nuestro pueblo”*. Los reclusos allí conducidos se encargaban de levantar puentes o restaurar las vías del ferrocarril. Coincidieron en el tiempo con la creación de los campos de trabajo en el bando rebelde. Y es que había que aprovechar los brazos en ambas zonas.

Justicia y paz

Desde Octubre de 1936, Francisco Franco ejercía como Jefe del Estado, Caudillo y Generalísimo, y decidió que la guerra fuera pueblo a pueblo, “En una guerra civil, decía, es preferible una ocupación sistemática del territorio, acompañada de una limpieza necesaria, a una rápida derrota de los ejércitos enemigos que deje al país infestado de adversarios”.

Cuando los soldados seguían su camino, actuaban las escuadras de castigo, los falangistas e hijos de terratenientes y propietarios que iban a la caza del militante huido o del sindicalista desaparecido, y si no lo encontraban, maltrataban a sus familias. Las mujeres, madres, esposas, viudas o hijas de los fugitivos, servían de chivos expiatorios. Se las rapaba el pelo al cero, se las hacía ingerir aceite de ricino o se las violaba y después asesinaba. En Huelva grupos paramilitares habían asesinado en marzo de 1937 a 2.376 hombres y 86 mujeres, y en agosto a 374.

Los jefes de Orden Público firmaban las listas que les proporcionaban las autoridades militares, las oligarquías rurales y financieras y un sector beligerante del clero. Estaba claro que los militares dejaban la política de limpieza de la retaguardia a los civiles.

En paralelo a esta situación se produjo otro fenómeno ligado a la perspectiva de una guerra de larga duración y a la pátina de legitimidad que otorgó al bando franquista el apoyo eclesiástico. Se implantó el sistema penitenciario y de concentración, porque si bien en un primer momento no había tiempo para hacer prisioneros y se optaba, como en Badajoz, por fusilarlos, ahora no sólo había que legalizar la violencia en la zona sublevada y aprovechar sus recursos, sino también había que construir un poder en el que la ejecución sumaria del prisionero de guerra era cada vez menos tolerable.

Y comenzó la “justicia al revés”. Se enjuiciaba a los defensores del orden constitucional por delitos de “rebelión” o “auxilio a la rebelión”, cuando en realidad los rebeldes habían sido ellos. En ese galimatías jurídico, la República se había sublevado para acabar con el Estado, el orden y la familia. De ahí habían devenido los procesos revolucionarios en las retaguardias.

SEGUNDA ETAPA DE LA REPRESIÓN. MAYO DE 1937 A ABRIL DE 1939

Los fugitivos

La represión militar comenzó a plasmarse con gran rigor en los encausados por “rebelión”, estableciendo la supremacía del poder castrense en la retaguardia y otorgando coherencia y homogeneidad a la extensión de este poder a la zona sublevada. Pero el encauzamiento de la violencia mediante canales reglados fue sólo papel, inmensas montañas de papel, que se olvidaban de tener en cuenta. Y cuando se llevaban a cabo los juicios sumarísimos, la mayoría de las veces no eran más que farsas jurídicas.

Aunque algunos historiadores piensan que en lo sucesivo no se volvió a repetir la violencia de los primeros momentos del golpe, las excepciones que se contemplan, como la conquista de Málaga en febrero de 1937, con la ejecución

sumaria y extrajudicial de 1500 personas, sin contar las víctimas del bombardeo a los civiles que huían a Almería, avalan la certeza de que se seguía el mismo modelo. La estrategia de paralización a través del terror, tanto en lo político como en lo militar, acompañó a los avances territoriales franquistas, incluso cuando la violencia había sido ya reglada y controlada por los tribunales castrenses.

Así se vio en la primavera de 1937, tras la campaña del Norte, con el fenómeno de los huidos, más tarde reconvertidos en guerrilleros en toda regla.

Eran generalmente varones que huían de sus localidades ante la sospecha o la certeza, tras un “chivatazo” de algún vecino, de que venían a por él. A veces el aviso venía de parte de algún “derechista”, lo que demuestra que no siempre se rompieron las relaciones de solidaridad en las localidades.

Solían ocultarse en los montes y vivir agazapados en cuevas o en abrigos rocosos. Sobrevivían con dificultad, gracias a su conocimiento del entorno y a la caza y pesca furtiva. De madrugada regresaban de improviso a su domicilio o al de sus familiares y recogían víveres y enseres para subsistir. En las familias y en el círculo de amigos se encontraban las bases de su supervivencia, de manera que las autoridades desplegaron una política de acoso a las familias, para de esa manera acabar con los apoyos de los huidos. Así, se detenía a familias enteras, sin tener en cuenta la edad que tuvieran, se las maltrataba y acababa ejecutando. A medida que desaparecían los apoyos familiares, el huido se convertía en delincuente; asaltaba los corrales para procurarse alimento o se presentaba intempestivamente en algunas viviendas, generalmente en aquellas que se hallaban más aisladas. Para entonces ya se había unido a otro grupo de huidos y pertenecía a alguna partida.

Las partidas recogían a los huidos de las localidades ocupadas, a los desertores del ejército o a aquellos miembros de un ejército en desbandada que veían difícil su inserción en la nueva situación social. Ligeros de equipaje, siempre listos para salir corriendo; nada les era propio, sólo la incertidumbre y la precariedad. En cualquier momento se podía dar la orden de marcha y dormían en cualquier hueco, tendidos en cualquier sitio, como animales.

Un campesino de Orce relataba cómo se pasó desde Granada a la zona republicana con un grupo de compañeros de la CNT y se encontró con otro grupo, también desarmado. Se dedicaron a esquivarse hasta que pensando que podían ser del mismo bando, entablaron un diálogo, dándose cuenta de que caminaban en direcciones opuestas. Uno de ellos sugeriría *“lo mejor es que nos quedásemos por estas montañas, hasta ver en qué queda esto”*.

El terror y la violencia eran comunes a la actuación de los huidos y de las fuerzas represoras. Los vencedores querían acabar con cualquier atisbo de disensión y los huidos querían contribuir a la marcha de la guerra, distraendo a las fuerzas del orden.

Aquellos que podían ser sospechosos de haberles delatado, vecinos, falangistas o alcaldes, recibían su visita y acababan muertos. Y no andaban muy descaminados en las sospechas, pues las autoridades militares exigían a los alcaldes la relación de los familiares de los huidos, amigos y simpatizantes que hubiera en la población. El odio circulaba en espiral y acababa por salpicar a todos. La muerte, el encarcelamiento de las familias de los huidos o las atrocidades cometidas entre sus allegados revertían en una acción muy violenta.

Poco a poco los huidos fueron desapareciendo de sus zonas de origen y acabaron enrolándose en los cuerpos de guerrilleros que se crearon a partir de mayo de 1937 en todas las brigadas y base del XIV Cuerpo de Guerrilleros del ejército. Su misión era difundir el descontento, practicar el sabotaje, proceder a la destrucción de vías férreas, dar golpes de mano y atentar contra ciertos personajes.

Estaban organizados por secciones de 15 o 16 hombres, en las que cada miembro tenía una especialidad, conductor, sanitario, artificiero. Cada sección elegía a su jefe y se subdividía en tres grupos de cinco hombres que volvían a elegir otro jefe entre ellos, aunque permanecían al mando de la sección. Era lógico este sistema de elección entre los que tuvieran mayor carisma, arrojo o experiencia de combate, pues debían ganarse el respeto y la total entrega de sus hombres. Solía conocerseles con nombres como “Hijos de la noche” o “Sección de la muerte”, y entre sus insignias destacaban una estrella roja en el hombro izquierdo y una calavera con dos tibias en el derecho.

Destacaba su independencia, hacían una vida al margen del Ejército regular, rayando a veces en la indisciplina, con su propia cocina, lavandería y armería. En ocasiones, como ocurrió con Antonio Quero, granadino, se infiltraban en las filas enemigas para salvar a sus familiares por su propia cuenta y riesgo. Otras veces traían a sus familiares consigo.

Eran un cuerpo de élite bien visto por los jefes militares. Juan Perea, jefe del IV Ejército narra: *“las secciones de guerrilleros (...) se infiltraban diariamente a través de las líneas facciosas, regresando con algún prisionero y valiosas informaciones(..) “y destaca “la soberbia labor de una patrulla de 15 a 20 españoles mandada por un joven oficial ruso que iba siempre en sus incursiones acompañado de una mujer que le servía de intérprete y que en ocasiones, permanecía quince días en el campo rebelde, estableciendo mortíferas emboscadas, volando trenes o camiones, haciendo prisioneros y recogiendo informes de todas clases. El oficial ruso se llama en España Arturo”*(*Juan Perea. Los culpables, pág 154)

Arturo era Artur Sprogis, veterano de la primera guerra mundial, un consejero soviético que dirigía la compañía de reconocimiento y exploración, y la intérprete no era otra que Elisaveta Parshina, georgiana conocida en España como Josefa Pérez Herrera y traductora. Es precisamente a través de sus memorias como podemos recrear algunas cosas, la inexperiencia inicial en el manejo de las armas de los miembros, su condición de obreros, y el rasgo de que eran *“o muy jóvenes o muy mayores”*.

También podemos ver el papel de la mujer cuando describe su participación en una acción de guerra, la voladura de un puente. El 29 de mayo de 1937 el grupo al que pertenecía se había infiltrado 20 kilómetros en el interior de las filas enemigas y cuatro compañeros habían parado un coche militar y sonsacaban información sensible a un par de oficiales. Desde lo alto de un cerro Elisaveta contempla la escena junto a tres camaradas y ametralladoras. De repente, a cincuenta metros se acercaban dos camiones con 40 uniformados. La guerrillera narra *“Di orden de no disparar porque Artur y los nuestros estaban allí abajo. Sólo cuando el grupo se*

*dispersó, ordené abrir fuego. Los franquistas no esperaban aquel golpe en su retaguardia a plena luz del día.”** *Elisaveta Parshina,”Diario de una dinamitera” ,nacida en Oriol,(Georgia) formó parte del XIV Cuerpo de Guerrilleros del Ejército Republicano) A pesar de que la labor de Elizaveta era fundamental pues de su traducción dependía la vida de todos, está claro que su actividad militar dependía de la ausencia de los varones más combativos.

La preparación de estos grupos excedía con mucho a la de las partidas que seguían actuando, y probablemente como todos se llamaban igual y actuaban de noche se confunden. Y no sólo se confunden sino que a veces les prestaban auxilio, como ocurrió en Huelva y en Corchuna. En Huelva se atacaron barriadas y se asaltaron autobuses, con muertos en las dos acciones. Era muy frecuente el ataque de los autobuses de línea, en busca de dinero. Pero también era frecuente el asalto a los cortijos y el sabotaje del ferrocarril y la destrucción de puentes .Se combinaba la necesidad de proveerse de fondos para subsistir con la labor de zapa y de destrucción de las infraestructuras.

La represión contra estos grupos fue muy dura; se les consideraba rebeldes a la causa sólo por haber huido del terror. Por este motivo en Huelva los tribunales decretaron la ejecución de 650 personas en 1937 y en 1938 de 62; muchos de ellos eran huidos, guerrilleros, sus familiares y allegados.

Una de las acciones más famosas de estos huidos fue la liberación de 300 prisioneros asturianos en un campo de Corchuna el 23 de mayo de 1938, en la que participaron muchos huidos, hijos de la noche, pero también sabemos la intervención de un cuerpo de élite que proporcionó la estrategia bélica necesaria .

Por la victoria final

La paralización por el terror había sido una de las estrategias utilizadas durante el golpe de Estado; en la primavera de 1937 se seguía empleando en la campaña del Norte. El general Mola lo había advertido, “He decidido terminar rápidamente la guerra en el Norte. Se respetarán la vida y haciendas de los que rindan sus armas y no sean culpables de asesinatos. Pero si la rendición no es inmediata, arrasaré Vizcaya hasta sus cimientos, comenzando por sus industrias de guerra.

Dispongo de medios para hacerlo” .Comenzaron las detenciones, depuraciones, consejos de guerra y fusilamientos.

Los bombardeos sobre civiles en Durango y Guernica fueron la expresión más contundente de una técnica que ya se había empleado en Madrid y después en Málaga. Vizcaya en primer lugar, Santander más tarde y finalmente Asturias fueron cayendo como una baraja de naipes; y en la caída, siempre presentes los tribunales militares.

Los fusilamientos cobraban un carácter didáctico. En la playa de Berria se eligieron dos personas de cada uno de los grupos que habían ofrecido resistencia, dos dirigentes del PNV, dos del ejército vasco, dos socialistas, dos comunistas, dos anarquistas y dos republicanos .Se calcula que la represión afectó a 1.788 personas en Vizcaya.

En una guerra el fingimiento era frecuente, y desde el primer momento de la misma no había existido ninguna voluntad de pactar con el enemigo una paz honrosa, de manera que no fue extraño que en Cantabria la represión viniera precedida de falsas promesas. Se pactó con los mandos italianos una entrega sin asesinatos ni justicias militares, el Pacto de Santoña. No se respetó el acuerdo y los batallones vascos fueron internados en el penal de Dueso. Los batallones de trabajadores acogieron 5400, las prisiones 5.600, y la pena de muerte se aplicó a 510 personas.

En Asturias se siguió el esquema de libro de una guerra africanista, plaza a plaza, pueblo a pueblo. Los moros hacían la primera tarea de limpieza, creando el terror, con sus asesinatos, violaciones y saqueos. Mujeres y niños eran ocultados para evitar sus acciones. Como en Andalucía, requisaban el oro y todo tipo de enseres y acababan vendiéndolos en puestos ambulantes. Y era una acción consentida y premeditada, para que sólo el enunciado de la palabra “moros “creara el pánico en la población civil. Después venía la detención de los individuos más significativos, su traslado a la cárcel y posterior desaparición en una fosa.

Asturias sufrió una gran represión por su pasado político, y dentro de ella, la cuenca minera. En Gijón se habilitó la cárcel como centro de reclusión y allí se

trasladaron los tribunales militares para hacer la primera catalogación de los presos. Hasta finales de abril en Oviedo habían sido condenadas a muerte 742 personas y en 1938 se fusiló a 929 personas, un tercio de ellas eran mineros. Las condiciones del terreno permitieron que se reprodujera el fenómeno de los huidos, y contra ellos actuó la Guardia civil y la contrapartida, antiguos somatenistas. La liberación de 300 presos asturianos destinados al fuerte Carchuna de Granada dotó de una aureola de prestigio a los huidos.

A partir de noviembre de 1936 ya no estaba bien visto fusilar directamente a los prisioneros, y se decidió encerrarlos en campos, que algunos autores han definido certeramente como campos de concentración. Tuvieron un carácter preventivo, ya que no se cumplía ninguna condena y provisional porque sirvieron de antesala a la justicia mediante el internamiento y clasificación militar, político y social. Tras una primera clasificación, se determinaba qué soldados podían volver al frente, quiénes podían formar las escuadras de trabajo forzoso y quienes debían directamente ser fusilados. Esos campos sirvieron sobre todo para humillar y reeducar a casi medio millón de soldados republicanos.

La caída del Norte originó un crecimiento de los campos y sobre todo una masificación, de tal manera que se produjo el bloqueo burocrático y administrativo. Se calcula que 34.000 prisioneros se salvaron del Consejo militar, pero ingresaron en los batallones de trabajadores.

El internamiento, hacinamiento, la clasificación, la depuración, reeducación y reevangelización se dieron la mano para hacer saber al prisionero cuál era su verdadero lugar en la nueva España, pero este será un extremo sobre el que volveremos más tarde.*

En Marzo de 1938 se produjo la ocupación franquista de Aragón y comenzaron los consejos de guerra contra los vecinos de las comarcas de Teruel y Zaragoza. En Huesca fueron fusilados en la guerra y postguerra 1519 personas y Barbastro fue el lugar con una mayor represión.

La entrada en Cataluña tuvo tintes de xenofobia y no faltó quien expresara que “*tenían a Cataluña en la punta de las bayonetas*” y quien opinara que “*debía ser sembrada de sal*”. El propio Franco tuvo que advertir de esa política y

recomendaba “*Si queremos desde el primer día ganar el corazón de nuestros hermanos catalanes(..) es preciso no sembrar odios*”

No resultaría sencillo, porque sólo el hecho de ser catalán era suficiente para ser considerado rojo. La misma política de amedrentamiento y permisividad frente a los desmanes se unió a las actuaciones del Rondín Antimarxista, que saqueaba las bibliotecas que contuvieran libros en catalán y maltrataba a quien se expresaba en esta lengua.

¡No son de los nuestros!

En mayo de 1937 los enfrentamientos entre distintos miembros de organizaciones de izquierda en Barcelona pusieron de manifiesto la fractura que se estaba produciendo en el seno de la izquierda española. El balance de víctimas fue para algunos autores de 218, pero para otros de 950.

Hasta entonces el enemigo había estado perfectamente delimitado; burgués, conservador, católico, sublevado o a favor de la sublevación. Ahora los enemigos estaban dentro, pertenecían al grupo que combatía al fascismo. Las gentes de orden se asombraban, “*se mataban entre ellos*”. Parecía más importante aniquilar al adversario de izquierda que acabar la guerra.

El Partido Comunista de España había cobrado una fuerza inusitada gracias a la ayuda bélica otorgada por la URSS y en contrapartida era una correa de transmisión de las órdenes de Stalin. Anarquistas y seguidores del POUM eran enemigos de Stalin, y por tanto, enemigos a combatir.

La Península se convirtió en un reflejo de la política de aplastamiento de la disidencia que se desarrollaba en la URSS. Desde Enero de 1937, al hilo del segundo proceso de Moscú, la retórica de los medios comunistas españoles reproducía los términos de las acusaciones estalinistas contra la vieja guardia bolchevique y se propagaba hasta la saciedad que consideraban probada la existencia de tramas trotskistas que habían pretendido derribar el régimen soviético, apoyados por gobiernos fascistas extranjeros.

Andrés Nin, secretario político del POUM y La Batalla, periódico oficial del partido, eran bastante críticos con Stalin, y por tanto incómodos.

La campaña de desprestigio del POUM comenzaba en la delegación soviética y se extendía en las secciones española y catalana del Comintern, el PCE y el PSUC, cuyos órganos oficiales repetían machaconamente que los seguidores del POUM eran representantes de Hitler en España y que estaban al servicio del fascismo internacional.

Fue precisamente en la delegación soviética donde se prepararon las pruebas que corroboraban la vinculación de Nin a los servicios secretos franquistas. En el reverso de un plano milimetrado de Madrid, ocupado a Fernández Golfín, jefe de la red de Falange clandestina, “la organización Golfín”, en tinta simpática aparecía el texto que probaba el concierto de Nin con el espionaje de Franco.

La acusación era disparatada, pero se unía a la insistente denuncia de que el POUM había ocasionado los sucesos de Barcelona. Así el 16 de junio se conseguía la ilegalización del POUM y la detención de su Comité Ejecutivo y de muchos seguidores. Andrés Nin fue detenido en la sede del POUM en Barcelona y trasladado a la cárcel de Alcalá de Henares, de donde desapareció. Pero no bastó con hacerle desaparecer, había que inventar una bufonada.

Según esto, tres policías que le custodiaban no pudieron evitar que unos individuos armados, disfrazados de brigadistas internacionales, le secuestraran. Debía tratarse de un comando de la Gestapo, pues en la pelea alguien perdió una cartera con documentos e insignias nazis .A esas horas debía estar en el cuartel de Franco o en el de Hitler.*(*Cuando los simpatizantes del POUM preguntaban en las paredes “¿Dónde está Nin?, alguien contestaba: En Salamanca o en Berlín.)

Realmente un insulto a la inteligencia, como decía Azaña, “demasiado novelesco para ser cierto”. La verdad se fue vislumbrando con el tiempo, a medida que se producían en España las rupturas con el comunismo soviético y se abrían a la consulta de los investigadores los archivos de la Internacional Comunista y del NKVD, antecesor de la KGB*(En 1992 un equipo de TV catalán investigó durante seis meses en los archivos de la NVDK y de la Internacional Comunista. Sus resultados aparecen en un documental interesante, “Operación Nikolai”)

Alexander Orlov, jefe de los asesores rusos, fue el cerebro de la Operación Nikolai. Un hombre de su confianza, Juzik, también conocido en España

como José trasladó a Nin a Alcalá de Henares, en compañía de los comisarios Fernando Valentí y Jacinto Rosell.

El ingreso de Nin en la cárcel de Alcalá se realizó en el mayor de los secretos, sin que se registrara en ninguna parte, sin embargo en el Archivo Histórico Nacional se conservan los interrogatorios que allí sufrió los días 18,19,20 y 21 de Junio.

Una y otra vez el político catalán negó las acusaciones de espionaje al servicio de Franco y culpó al Partido Comunista de la trama contra su persona y su partido. Pero Orlov necesitaba una confesión de Nin para acabar con el POUM y sobre todo para salvaguardar su actuación ante Moscú, de manera que decidió que técnicos rusos en las labores de espionaje se encargaran del líder obrero.

El operativo Nikolai continuó como en la mejor película de espionaje. Desde un coche, en las inmediaciones de la prisión, ayudado por Juzik como intérprete dirigió el secuestro del dirigente catalán, como él mismo refiere en los documentos conservados en los archivos de la NVDK. Cuando I.M* llevó la comida al área de detenidos de la cárcel, la “gente “ de Orlov penetró en el patio y se llevaron a Nin. Unos cuantos minutos y aparecieron en el chalet que en la misma localidad tenía Hidalgo de Cisneros y que en ocasiones se empleaba como checa. De nuevo el intento de que confesara voluntariamente a través de jornadas interminables de diez, veinte y cuarenta horas de interrogatorio. Todos los conocimientos al servicio de la tortura, con los nuevos avances en ese campo. Una combinación de consejos con amenazas e insultos a través de los cuales se trataba de agotar física y mentalmente al detenido, impidiéndole el descanso Pero Nin no confesaba, según ese “procedimiento seco”.

Pasaron al otro procedimiento, “el húmedo”, en el que se le desgarró la piel y destrozó la musculatura, convirtiendo su figura humana en una masa informe tumefacta. Pero la complexión física de Nin les había engañado, y no pudieron quebrar su voluntad. Devolverle en esas condiciones era impensable, decidieron deshacerse de él. Yuzik, en un lugar impreciso de un ejido, a medio camino entre Alcalá de Henares y Perales de Tajuña, enterró su cuerpo

A continuación idearon la abracadante historia del asalto al chalet de la Gestapo.

No tenían la confesión, pero si la prueba, aunque ésta fuera una rocambolesca trama. (*La muerte de Nin se ha podido recrear gracias a los informes de Orlov en la NVDK y las confesiones de Jesús Hernández en “Yo fui ministro de Stalin”)

La certeza de que Nin había sido ejecutado se tuvo pronto. El 13 de agosto de 1937 El Heraldo de Aragón se hacía eco de las noticias publicadas por un diario francés que afirmaban que Nin *“había sido asesinado por representar la opinión de un compacto grupo del proletariado que se oponía a los agentes del Gobierno de Negrín”*

La muerte de Nin coincidió con una campaña de persecución, detención y eliminación de los militantes del POUM. El mero hecho de estar en las milicias del POUM bastaba para ser detenido. Orwell lo explicaría muy bien: *“No era una redada de delincuentes, era simplemente el imperio del terror”*.

Mundo Obrero jaleaba la persecución y Pasionaria animaba a *“extirpar a los trotskistas como hierbas dañosas”* y *“aplastarlos como a fieras rabiosas”* para que los combatientes pudieran luchar tranquilos, sin disturbios en la retaguardia, sin pensar que *“van a ser asesinados por la espalda”** (..)*Mundo Obrero reproduce las palabras de Pasionaria el jueves 12 de agosto de 1937)

El SIM vigila por nosotros

Los sucesos de mayo del 37 desencadenaron una crisis en el gobierno republicano pero tuvieron la virtud de acabar con la multiplicidad de poderes en la zona leal y con el descontrol del orden público.

En ese contexto se creó el SIM, Servicio de Investigación Militar para perseguir a los sospechosos de actividades como espionaje, traición o derrotismo. Asesorados por los soviéticos, fueron muy eficaces. Empleaban sofisticados instrumentos tecnológicos, seleccionaban cuidadosamente a sus agentes y hacían del terror su sello personal.

Los soviéticos no confiaban mucho en sus capacidades, como lo demuestra Orlov en sus notas al describir el proceso de falsificación que trataría de implicar a Nin

en la Organización Golfín, diciendo que si no son capaces de descifrar el mensaje que en la delegación soviética han preparado, perderá dos días en hacérselo ver. EL SIM aprovechó las checas existentes y creó algunas nuevas, refinando sus métodos, en Barcelona era famosa la de Vallmajor, conocida como Preventorio D, algunos de cuyos procedimientos describimos anteriormente

Muchos de los ciudadanos que entraban en las dependencias del SIM en el Ministerio de la Marina en Madrid,, no volvían a aparecer nunca, o aparecían, como refería Companys, atados y muertos en una playa, con los documentos en los bolsillos.(*Companys se queja a Negrín de las actividades del SIM.).Actuaban con absoluta impunidad y su eficiencia desmantelando las conspiraciones de la quinta columna estaba más que probada.

El quintacolumnista se hallaba agazapado entre la sociedad republicana, siempre dispuesto a filtrar un dato, a radiar algún mensaje, a ejecutar un sabotaje, a realizar donativos para que algún cura o un grupo de personas en peligro huyera al extranjero o se pasara al bando nacional.

En un primer momento los quintacolumnistas se hallaban aislados, pero poco a poco se fueron aglutinando en pequeños grupos que recibían instrucciones de los servicios de información franquista, primero del SIFNE, más tarde del SIMP.

La connivencia de los servicios secretos internacionales era algo más que una sospecha. Algunas embajadas prestaban sus sedes diplomáticas para que pudieran radiar sus informes, como ocurría en el caso de la “Falange clandestina”, uno de los grupos más activos, que actuaba en la Embajada de Turquía.

Mundo Obrero alertaba el 19 de marzo de 1938 sobre la quinta columna:”*!Vigilancia, más vigilancia contra la quinta columna ¡Destrucción implacable de los centros de bulistas, saboteadores, cobardes y derrotistas!(..)Cada trabajador, cada mujer hace suya la consigna de los frentes.(..) Y con esa misma decisión arremete contra todos los que deslizan (..) esas historias*

En paralelo al SIM se crearon el Tribunal de Espionaje y Alta Traición, los Tribunales Especiales de Guerra, los Tribunales Permanentes del Ejército, de

Unidades y de las zonas de Interior, todo un entramado judicial en el que se aplicaba el Código de Justicia Militar.

Eran constantes las irregularidades, no se guardaban las garantías judiciales y algunos tribunales empleaban métodos expeditivos, como los cien muertos en una semana que denunciaba Companys.

Las sentencias de la pena de muerte eran revisadas por el Tribunal de Espionaje y Alta Traición, y para llevarse a cabo necesitaban el enterado del Gobierno republicano. Pero no todos se enteraban, Azaña escribía *“a los ocho días de hablar de perdón, me refriegan 58 muertos. Sin decirme nada , ni oír mi opinión. Me entero por la prensa después de que está hecho”*

No todos los juzgados acababan fusilados, algunos eran derivados a campos de trabajo. Las condiciones de estos campos no eran nada halagüeñas, y en algunos, como en Turón fueron asesinados 90 prisioneros por sus guardias.(*Por esta circunstancia fueron destituidos el Jefe del XXIII Cuerpo del Ejército, el Jefe de su Estado Mayor y el jefe del campo en cuestión)

Justicia severa, pero justicia en suma, al menos con la apariencia de legalidad, lo cierto es que las ejecuciones en la zona republicana remitieron y estuvieron relacionadas con las sentencias de aquellos tribunales. Más tarde, con el repliegue del ejército republicano, volverían las ejecuciones.

En aquella huida, cualquiera podía ser sospechoso. No entregar comida, esconderse para no ir a filas era motivo para perder la vida. Pero quizás los hechos más graves fueron la muerte del obispo de Teruel y de 49 presos.

El final de la guerra

Los últimos días republicanos fueron caóticos en Cartagena, donde la sublevación se anticipó veinticuatro horas a la de Casado. Se abrieron las puertas de las cárceles y los sublevados se apoderaron de los principales edificios, de las calles y de las baterías de costa. El enfrentamiento se saldó con 44 prisioneros fusilados. Al día siguiente, en Madrid, el golpe de Estado de Casado enfrentó a republicanos casadistas y a fuerzas comunistas, y se cree que hubo al menos 2.000 muertos.

Más tarde, en Alicante, algunos prefirieron morir antes que vivir en el franquismo, quizás intuyeron lo que esperaba a los vencidos.

TERCERA ETAPA DE LA REPRESIÓN

La violencia franquista se prolongó tras la guerra, y siguió siendo asimétrica, tanto en su forma de ejecución como en su extensión temporal y cuantitativa. Ya lo había sido antes, valga el ejemplo de Huelva, donde la revolución eliminó a 145 personas y la violencia reactiva afectó a 5.455 personas en toda la provincia. No se puede separar la violencia franquista de postguerra de la de la guerra por varias razones, entre otras porque hasta 1948 se mantuvo el estado de guerra, porque durante ese tiempo se continuó con el modelo de violencia estatal aplicado desde 1937 y sobre todo porque la mayoría de los juicios y detenciones de la postguerra estaban relacionados con hechos que habían acontecido durante la guerra.

Está meridianamente claro que con la victoria no llegó la paz, sino más bien la pacificación y durante muchos años Franco siguió invirtiendo en violencia. La paz llegaba con una apariencia extraña, con fusilamientos no sumariales, juicios sumarísimos, encarcelaciones masivas e internamientos en campos de concentración. Tan extraña era la paz y tan sangrienta que años más tarde, cuando las potencias aliadas pudieron observarla tras la segunda guerra mundial, todavía se asombraban de su violencia. Y es que no hubo ninguna política de reconciliación, sino el deseo de recordar quién había ganado la guerra.

La prioridad absoluta era la destrucción del vencido, y la represión y la coacción moral se enseñorearon de la vida cotidiana, extendiéndose muy a propósito una cultura del silencio y del miedo. La represión franquista fue multifacial y supuso un enorme entramado de delación, atenzamiento moral y privación de libertades. La represión abarcó todas las esferas de la vida, tanto públicas como privadas y abrió un amplio abanico de posibilidades que iban desde la represión física hasta la económica y la ideológica.

Los campos de concentración

Javier Rodrigo ha estudiado recientemente los campos de concentración de Franco y calcula que en 1939 había 188, entre los estables y provisionales, que albergarían a 507.000 prisioneros.

Unos estaban al aire libre, rodeados de alambradas, otros en edificios destartados, pero todos coincidían en recordar a los prisioneros que habían perdido la guerra y por tanto sus derechos, acumulando nada más que deberes. En todos se desarrollaba una terapia para los internos que tenía al cuerpo como vehículo de aprendizaje. El tratamiento político recetaba padecimientos tales como la suciedad, el hambre, la sed, y penalidades morales que conducían a la comprensión por parte de los prisioneros de la finalidad del nuevo Estado. Las humillaciones y los castigos aplicados debían conducir a la desintegración de la personalidad y con ello a la sumisión ante el mandato jerárquico y el silencio.

Juana Doña estuvo con un niño de pecho en el campo de Los Almendros, *“ sin comida, ni abrigo, ni un reloj que marcara la hora para medir el tiempo ni nada. Sólo hombres y mujeres desnudos, esperando sin saber qué, despersonalizados, ausentes de todo lo que antes había sido su vida”*.

Dormían en el suelo, de lado, los menos con sus propias mantas, hacían sus necesidades en público y presenciaban las humillaciones de otros, con una clara intencionalidad de despojarles de su estima y de cosificarles.

El hambre, la sed, la suciedad, el hacinamiento, las enfermedades, se combinaban con palizas y fusilamientos. Durante los primeros momentos, en Castuera, se fusilaba tres días por semana a los prisioneros; siempre a media noche los seleccionados eran transportados a las minas contiguas y fusilados; por si alguno sobrevivía, les lanzaban bombas de mano. En Albaterra se numeraba a los presos y si alguien se fugaba, se fusilaba a los que tenían los números anterior y posterior.

Alrededor de los campos de concentración iban y venían familiares de los presos, primero buscándoles, después tratando de atenderles. Un testimonio de un hombre que entonces tenía trece años lo refleja *“Tardé dos semanas en llegar a*

pie; luego otra semana para encontrarlo(..)(al padre).Le dije que me quedaría montando guardia cerca del campo. De día andaba por aquí y por allá, robando cosas en el campo para comer, en los huertos(..).

Las sacas se seguían produciendo tras la contienda. De vez en cuando aparecían en los campos comisiones de falangistas de distintos pueblos, grupos de viudas y familiares, que intervenían en ruedas de reconocimiento y acababan llevándose a los que buscaban

El mismo niño de trece años de antes refiere: *“Llegaron unos falangistas, de la Escuadra Negra de Lugo y desde una tarima reclamaron a todos los gallegos. Dijeron que iban a hacer unas listas y los que no estuvieran fichados como desafectos podrían marcharse a sus casas(..). A los quince que se presentaron los maniataron y llevaron a pie carretera adelante. Los falangistas iban a caballo, haciendo restallar sus fustas sobre las espaldas de los prisioneros(...) por el camino mataron a los cuatro viejos que no podían soportar la marcha(..).Los llevaron a la escollera del puerto de Gijón y allí los acribillaron a balazos”**(Eduardo

Pons Prades recogió este testimonio de Pascual López Dorado quien acompañó a su padre y a los falangistas al puerto de Gijón)

La red coercitiva que suponían los campos se extendió a cada pueblo y a cada región desde el momento en el que se exigieron los avales. Se precisaba una primera clasificación para llevar a cabo las depuraciones militares, político-sociales e ideológicas y se solicitaban unos avales a los pueblos y ciudades de origen que garantizaran la pertenencia de los mismos al modelo ideológico y moral del alzamiento,

A través de esos avales, la administración militar reafirmaba los poderes básicos sobre los que se sustentaba. El cura, el alcalde, el guardia civil, el policía o el falangista debían informar acerca de los presos, y debían ser sus familiares quienes los reclamaran.

Se pretendía eliminar cualquier atisbo de disidencia política, ideológico o moral a los valores del movimiento y el paradigma de la exclusión es el principio de inteligibilidad básico para comprender la gran maquinaria represiva que puso en marcha el estado franquista..

Los campos de concentración tenían un carácter provisional y el hacinamiento en ellos aconsejó continuar con la política de emplear a los penados en régimen de esclavitud, de manera que tras la victoria se crearon los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, herederos de los Batallones de Trabajadores de la guerra civil. Se necesitaba reconstruir las industrias, reconstruir los puentes y reedificar los pueblos destruidos por los bombardeos. Carreteras, túneles, vías de ferrocarril y monumentos como el del Valle de los Caídos, acogieron los trabajos de los perdedores.

Cuando alguien entraba en uno de estos batallones le espetaban términos como “*sois las mulas de la nueva España*”, y le esperaba un futuro de hambre, explotación y miseria, en la que el miedo al castigo físico o a la muerte estaba siempre presente.

La interacción con la población de los pueblos en los que estaban alojados se está estudiando ahora y se observa que la miseria acercó, a pesar de los reparos ideológicos, a los habitantes de los pueblos con los integrantes de los batallones. En la plaza de Vidangoz un oficial le gritó a una mujer que llevaba un vaso a un prisionero “*Al enemigo, ni agua*”. Algunos de los entonces niños de Vidangoz recuerdan el batallón de vencidos desfilando hacia la carretera, con los picos y palas, encabezados por el pelotón de castigo, que llevaba mochilas de piedras a la espalda y escoltados por soldados armados. Recuerdan también su presencia en misa, sucios, débiles, mal vestidos.

Al principio había desconfianza, pero la percepción de la miseria llevó a la compasión y a veces a la ayuda. Los escoltas pedían las gorras a los prisioneros para pedir comida a la población, pues si sabían que eran escoltas no les daban nada.

La política de excarcelaciones se inició en 1940 y tuvo su apogeo en 1945; en 1942 se disolvió la Jefatura de Campos de Concentración, pero siguieron trabajando en Colonias Penitenciarias, Destacamentos penales, Regiones Devastadas y en Talleres Penitenciarios. Mientras, el Estado, algunos Ayuntamientos y empresas particulares se beneficiaron de esta mano de obra esclava.

Un aspecto que no ha sido muy estudiado ha sido el de la presencia de la Gestapo en algunos campos de concentración. Existen testimonios que avalan esta presencia en algunos campos como en el de San Pedro de Cardeña, donde se hallaban presos algunos brigadistas internacionales y también testigos que aseguran que la propia Gestapo llevó a cabo en ese campo una serie de medidas antropométricas. Pero quizás lo más relevante fueron los estudios pseudocientíficos de pseudoPsicología, como los realizados por Antonio Vallejo Nájera entre otros campos en el de San Pedro de Cardeña. Con la pretensión de estudiar la personalidad de los prisioneros de los campos de concentración inició una batería de tests y de pruebas para concluir que los prisioneros se caracterizaban como grupo por la elevada incidencia de temperamentos degenerativos, inteligencias mediocres y personalidades sociales innatamente revolucionarias. Pero en el caso de las mujeres esto se agravaba por la característica inferioridad psicológica de la mujer. Moverían a la sonrisa sus conclusiones si no hubieran sido utilizadas para separar a las presas de sus hijos para evitar el pernicioso contagio de las ideas.

Las cárceles

Durante muchos años España fue un enorme territorio de castigo, un inmenso cementerio, un inmenso campo de concentración,, una enorme prisión.

Se intentaba someter y transformar identitariamente a la población reclusa, no se deseaba la recuperación social del individuo, sino su redención política para una dictadura. Pero primero había que enseñar cuál era el papel de los disidentes en la nueva España, y la cárcel era la mejor escuela.

En realidad la cárcel se convirtió en la pieza clave del microcosmos de la represión, en torno a la cual giraban los presos, las familias y conocidos a los que se pedía alimentos y ayuda.

En 1940 había 280.000 presos, muchos de ellos salieron, otros entraron después. El rasgo más sobresaliente era el hacinamiento, en Ocaña por citar un ejemplo

nueve personas compartían celdas individuales; la cárcel Modelo de Valencia creada para 528 personas, llegó a albergar a más de 15.000.

El único factor favorable a aquella multitud aterrorizada fue su propio volumen, que colapsó la administración judicial y penitenciaria y forzó al Estado a descongestionar la sucesión con sucesivos indultos.

Ricardo Vinyes señala que el protocolo de ingreso en la cárcel, constituido por la paliza y la vejación en diversos grados fue similar para todos y tan reiterada y tan parecida en cualquier punto de España que sin duda se convirtió en la liturgia de la atrocidad. Un antiguo preso recordaba en un programa de televisión que *“siempre se sabía cómo se iba al lugar donde se les maltrataba, pero nunca se recordaba cómo se regresaba a la celda”*.

En algunas cárceles locales eran frecuentes las visitas de jóvenes falangistas y familiares que propinaban palizas, o bien les sacaban para pegarles y les devolvían medio muertos.

“No podéis pisar ni la raya del ladrillo” recuerdan algunas presas que les decían sus carceleras, y es que el ladrillo se convirtió en un instrumento básico de medida, pues a la hora de dormir de lado, el espacio que ocupaban era de dos ladrillos y medio. Tal era el hacinamiento que había que tener cuidado de no pisar a nadie si de noche se necesitaba acudir al servicio. Eso si existía porque en la prisión de Albacete, en la sección de mujeres tan sólo existía uno para mil presas, de manera que se evacuaba en cubos que no se retiraban en 24 horas.

El hambre, la sed, las enfermedades fueron comunes a todos los centros de internamiento y las muertes fueron innumerables; en Córdoba murieron en 1941 quinientos dos reclusos de los tres mil quinientos existentes y en igual proporción en todas las cárceles.

A la escasez de comida se unía el hecho de que los funcionarios robasen para venderla después en el mercado negro, como sucedió en Talavera, o en la propia prisión, como sucedía en Palma de Mallorca, donde las monjas comercializaban en el economato el pescado que enviaba gratis la población para los presos.

La corrupción de los funcionarios fue otra constante, llegando a vender en algunos casos la libertad condicional, como lo fue el continuo abuso sexual por parte de los guardianes. Violar a la roja se convirtió en algo frecuente.

El universo carcelario femenino era mucho más complejo que el masculino, puesto que en el primero existían niños. Hasta los tres años los niños podía permanecer en la cárcel con sus madres, transcurrido este tiempo debían abandonarla y eran entregados a familiares, en adopción o a instituciones oficiales. En 1941 existían 3735 menores internados y en 1942, 9052 .

Todas las presas estaban de acuerdo en que la peor suerte era tener un hijo en la prisión, pues a sus calamidades se unían las que padecían los niños. Algunas no podían estar con ellos más que el tiempo de la lactancia, unos minutos al día, y se las impedía acudir cuando lloraban. Las mujeres lactantes no percibían ninguna sobrealimentación y los niños tenían las mismas raciones del rancho que sus madres, pocas veces probaban la ración de leche que tenían asignada. Las enfermedades se propagaban por la falta de higiene y el hacinamiento. No había agua para lavar a los pequeños y sus ropas ni un espacio para tender sus pañales.

En esas condiciones no era extraño que ocurriera como en la prisión de Santurarrán, donde un virus mató a treinta criaturas de las doscientas que allí habitaban en una semana, o que se propagara fácilmente la meningitis. A veces, simplemente, morían de inanición.

La violencia también se cernía sobre ellos. Julia Manzanares, comisaria política del Batallón Comuna de Madrid, refiere el episodio de un niño estrellado contra la pared porque su madre le había llamado por su antiguo nombre, “Lenin, ven acá, hijo mío”

Si los hombres padecieron en las cárceles, porque el objetivo de la prisión franquista no era vigilar y castigar, sino doblegar y transformar la existencia, las mujeres padecieron aún más si cabe. Incluso se les negó la condición de presas políticas, borrando su identidad política incluso en las estadísticas, donde aparecían como prostitutas y delincuentes. Para doblegar y transformar, el primer mecanismo utilizado fue la desposesión integral, material y moral de la presa, es

decir la desposesión de sus bienes y su biografía, al serles negada la razón por la que habían ingresado en la cárcel. Así no fue extraño que cuando en la actualidad algunas mujeres reclamaran su condición de presas políticas para cobrar un subsidio, se les negara con el peregrino argumento de que se les había aplicado la ley de vagos y maleantes.

La infancia secuestrada

Tal vez el capítulo más desconocido del régimen de Franco que está saliendo a la luz sea el de las adopciones fraudulentas, los robos y secuestros de los hijos de los vencidos.

Muchos testimonios avalan este extremo. Trinidad Gallego, militante comunista, recuerda a una joven anarquista, que esperaba ser fusilada y pidió como última voluntad que se entregara el bebé a su madre; cuando el militar que mandaba el pelotón de fusilamiento regresó a la cárcel no pudo cumplir el encargo, la niña había desaparecido.

Llegamos a un capítulo espinoso, y es la participación de algunas religiosas en el despojamiento de sus hijos a los vencidos. Algunas situaciones lo permitían, la muerte de la madre, muchas veces fusilada, la división de las familias, bien en las cárceles o en el exilio, pero sobre todo el hecho de que los niños que se encontraban en las cárceles no figuraban en ningún registro; los niños eran entregados en sucesivas adopciones a familias cuya adscripción ideológica al régimen fuera manifiesta; otros entraban en Auxilio Social o simplemente se les educaba en las ideas contrarias a sus progenitores. La misma Trinidad Gallego refiere cómo una de las mayores impresiones en la cárcel fue la visita que recibió la mujer de Valentín Gómez, el Campesino, de su hijo vestido de cura.

El tema de las adopciones es muy difícil de determinar dada la opacidad del sistema y ante la escasez de estudios, es conveniente acudir a la historia oral de algunos niños que tenían la edad suficiente como para saber qué les estaba ocurriendo. Vicenta Flores había perdido a su padre con seis años, fusilado, y ascendió en un tren en Valencia el 20 de febrero de 1940 en dirección al colegio de la Paz de Madrid, dependiente de la Diputación. Aunque sabía perfectamente

cómo se llamaba ,en el hospicio le cambiaron el apellido; relata *“venían parejas a verme al colegio; algunas volvían más tarde y me llevaban a sus casas. Después me devolvían”*. Las monjas siempre la decían *“Vicentita, tus padres vienen a buscarte, te perdieron en la guerra”*.

En realidad el último eslabón de la represión franquista fue la creación de instituciones que tutelaran la infancia de los hijos de los presos políticos; en esas instituciones se les adoctrinó política y religiosamente, en una clara labor de desideologización y desterramiento de las familias de los detenidos.

Cuando uno o dos de los progenitores habían sido encarcelados, los niños se veían abocados a la miseria; pasaban de uno a otro domicilio de sus parientes más próximos en los que se repetía la misma situación, pues eran familias enteras las que habían caído en la desgracia; a veces no había más opciones que mendigar y vagar por las calles, dedicándose al estraperlo o a la prostitución.

La situación era tan grave que a partir de 1941 se desarrolló una política para recoger a estos niños y adoctrinarlos .El niño serviría para rectificar los errores de sus mayores y expiaría sus faltas. Se creó una sección bajo el nombre de Protección a Familias de Reclusos que se transformaría más tarde en Patronato Nacional de San Pablo para presos y penados. En 1943 había doce mil hijos de presos ingresados en centros de asistencia pública o religiosa, cuyos padres habían perdido la tutela a favor del Estado. Muchos no volverían a ver a sus padres, algunos sobre todo niñas, ingresaron en órdenes religiosas para reparar las faltas de sus padres.

Para ingresar en esos centros era necesario aportar la fe de bautismo, por lo que si no lo estaban, se les bautizaba en ceremonias públicas en las que participaban el Padre Gorospe y a veces el cónsul italiano Dr. Bianchi, que actuaba como padrino.

Esos centros eran casi todos religiosos, el Estado sufragaba su manutención y estudios pero había diferencias entre los alumnos que pagaban y los gratuitos, y no eran nimias, entraban por otras puertas, se sentaban apretujados en las últimas filas, dormían en pabellones separados, portaban otro uniforme y servían de

criados a los alumnos de pago. Todos recibían en cambio la misma ración de rezos y cantos patrióticos.

Las teorías pseudocientíficas de Vallejo Nájera, fruto de sus investigaciones entre cincuenta presas de Málaga, subyacían en esta política. Este psiquiatra había construido un aparato empírico banal que le permitía basar sus tesis y teorizar el concepto de “segregación total”. Según esto, existía una tendencia degenerativa histórica de las mujeres que participaban en las organizaciones políticas, fundamentalmente marxistas, pero la degeneración no se debía a razones genéticas sino culturales, la única solución consistía en separar a los hijos de sus familias, segregarlos de los ambientes democráticos y reeducarlos en centros adecuados del Estado y de la Iglesia.

Los niños que fueron acogidos en estos centros entraron en un exilio interior del que sólo pudieron salir muchos años más tarde; su vida estuvo marcada por el aislamiento, el hambre, la frialdad y las humillaciones cotidianas. Muchos de ellos habían presenciado bombardeos, fusilamientos de sus familiares, violaciones, cuando no habían sido ellos mismos objetos de malos tratos. Seguirían oyendo hasta la saciedad “*Malditos rojos*” cuando no que “*sus padres eran la hez de la humanidad y que ellos estaban redimiéndolos con sus sufrimientos*”.

Dejemos que sean ellos quienes lo narren “*Salieron a recibirnos unas monjas vestidas de seglar, llevaban moño y eran muy serias.(..)Era un salón vacío y en él apelotonados, veinte o veinticinco niños; las monjas nos pusieron en fila y nos llevaron a un dormitorio; nos dieron a cada una un pedazo de pan y nos explicaron que estábamos allí por pura piedad porque éramos hijos de asesinos y que teníamos que hacer méritos para que nos perdonaran*”.

Todos convienen en afirmar “respirábamos a nuestro alrededor un aire de rencor y ese aire nos asustaba porque no podíamos defendernos, sabíamos que éramos culpables, pero no sabíamos la culpa”.. Estas palabras definen a la perfección la nueva situación, los hijos de los culpables eran culpables al tiempo y difícilmente podrían tener un lugar en la nueva España.

El hambre fue una constante, como lo fue en toda España en la postguerra; hubo niños que fallecieron por ingerir la comida de los perros y otros que se

alimentaban de lo que escarbaban en los cubos de basura. Los castigos corporales eran frecuentes y a veces muy duros, como impedirles beber agua, con lo que tenían que acudir a las cisternas de los wáteres. La experiencia de estos hijos de vencidos demuestra una vez más que en la España de la postguerra no había clemencia para los perdedores

Epílogo

En la primavera de 1939 Deschamps dejaba testimonio de una ceremonia de victoria en un pueblo de España, y como siempre una atenta mirada descubre algunos detalles. En el centro de una plaza el representante de la Iglesia bendice las banderas y santifica la acción bélica; frente a él un grupo de mujeres ataviadas con sus mejores galas, entre las que sobresale una viuda de guerra, sostiene las banderas, y tras ellas distintos representantes de las fuerzas armadas que han intervenido en la toma del pueblo, se cuadran militarmente ante el Crucifijo. Simbolizan la unión entre la Iglesia y el Ejército triunfantes, con el auxilio de las oligarquías locales.



Deschamps, Ceremonia en un pueblo

Llama la atención la solemnidad del acto, la parafernalia y sobre todo las dimensiones del escenario y la distancia entre el lugar en el que se produce la acción y los espectadores. Es una ceremonia grandilocuente pero sobre todo fría, y desolada, en la que los espectadores no intervienen en la liturgia y son mantenidos a distancia. Pero no es extraño que así suceda, pues no ha llegado la paz sino la Victoria.

Mientras esto sucede largas colas de exiliados serpentean por los caminos arrastrando sus enseres; mujeres, niños y ancianos enfermos, encogidos por el hambre y el frío se amontonan en los caminos, creyendo que encontrarán amparo al otro lado de las fronteras. Ignoran lo que el destino les tiene preparado, el papel de apátridas errantes, perseguidos por la sombra del fascismo que se cierne sobre

Europa. Otros sienten la humedad y el frío en los barcos que les trasladan lejos del infierno que han vivido para quizás vivir otros infiernos.

Algunos vencidos se agazapan al fondo de la fotografía, tratando de pasar desapercibidos. En poco tiempo cobrarán conciencia de que no han perdido únicamente la guerra, sino también su identidad, su pasado, sus ideales y su visión de futuro. Se dispondrán para un tiempo de silencio, sin imaginar siquiera cuánto tiempo deberán permanecer callados.

“Prohibido mirar hacia atrás. La guerra había terminado”

Cañamares, Cuenca, Agosto de 2009